

## AZAÑA

### Un político con brillante futuro en el pasado

EL jacobino que en las Constituyentes de 1931, tras aprobarse los artículos 26 y 27, relativos a la separación de la Iglesia y del Estado, había pronunciado su célebre «España ha dejado de ser católica», en perniciosa confusión de España con el Estado, moría el 3 de noviembre de 1940 en Montauban (Francia) rodeado de su esposa y de un reducido grupo de amigos. Lejos de la solemnidad que correspondía a su rango, en un hotel de segunda, con los gastos a cargo del consulado de México, sus últimos momentos merecen un sobrecogedor respeto: sus ojos húmedos por las lágrimas y un crucifijo en sus manos. Así lo describe Monseñor Theas, obispo de Montauban; que le administró los últimos auxilios:

Este hombre tenía fe. Su primera educación cristiana no había sido inútil.

Después de los errores, de los olvidos, de las persecuciones, la fe de su infancia y de su juventud volvía a dirigir los últimos días de su vida.<sup>1</sup>

Miguel Maura en *Así cayó Alfonso XIII*, a estas alturas una obra clásica para comprender la etapa de la historia española que le tocó vivir, tuvo ocasión de tratar a Azaña en su refugio del hotel de Mon-

---

1. Federico Suárez Verdeguer, *Manuel Azaña y la guerra de 1936*, p. 185.

tauban, y ha dejado un testimonio elocuente: «La guerra civil le afectó física y moralmente de tal forma, que no parecía la misma persona que había yo perdido de vista en 1936». Cuando Maura publicó su obra en 1962 no tenía conocimiento de las últimas horas de don Manuel en relación con su vuelta a la Iglesia, de la que tendría noticia en Pau tras asistir a un sermón en que Monseñor Theas hizo referencia a la conversión de Azaña. Es esta la razón por la cual el testimonio de Maura hace referencia sólo a otro aspecto. Así, prosigue:

No olvidaré aquella conversación mientras viva. La tengo relatada con minucioso detalle en mis *Recuerdos*, y no creo posible darla a la publicidad. Se abrió conmigo mostrándome su alma dolorida y desgarrada con un afecto, una claridad de pensamiento insuperables y emocionantes. ¡Todo se había hundido para él en esos dolorosísimos años de la guerra civil! Su claro talento había calibrado la pequeñez de las ambiciones y de los sueños de poder y de popularidad, que quizás algún día habían constituido la meta de sus aspiraciones y su ideal. Desengañado, triste, pero, repito, con el juicio más claro y lúcido que nunca, me trazó un cuadro de lo que fueron para él moralmente los tres años terribles. En aquel grave momento tuve ante mí a un hombre superior a todo encomio, humano, con humanidad casi sobrenatural por su desinterés y su renuncia a toda vanidad y a toda ambición.<sup>2</sup>

Así terminaba la vida de un hombre que en otro tiempo, en otro lugar y en otras circunstancias, pudo haber sido un gran estadista. Esto es lo que se deduce del repaso de su obra escrita. Sin embargo, los hechos no vienen a confirmar esta hipótesis. Manuel Azaña es el paradigma del político prisionero de su propio entorno. Todo un calvario. Una tragedia, cuyo tercer acto empieza en el Palacio de Cristal del Retiro madrileño, al ser elegido presidente de la República española tras la esperpéntica destitución de Alcalá-Zamora, que no pudo completar un período. Además de su deseo de alcanzar la presidencia, también el interés de un sector del partido socialista de desplazarlo de la función ejecutiva a la meramente decorativa de la presidencia de la República, jugó su papel. En el propio Palacio de Cristal

---

2. Miguel Maura, *Así cayó Alfonso XIII*, edición del autor, México, 1962, p. 222.

Araquistáin se permitió afirmar gozoso el ascenso de Azaña a la más alta magistratura porque así la caída sería más grande; lo que provocó la airada respuesta de Zugazagoitia, director a la sazón de *El Socialista* y la consiguiente solución de la diatriba a sonoras bofetadas.

Por aquellas calendas, la primavera trágica de 1936, circulaba por Madrid un comentario de acidez corrosiva que señalaba a Azaña como «un político con un brillante futuro en el pasado».

Si entre 1931 y 1933 Azaña había presidido la coalición republicano-socialista con sus luces y sus sombras, ahora, a partir de su vuelta al gobierno primero, y a la presidencia de la República después, percibía claramente que el mundo que le rodeaba lo había desbordado. Aunque el programa que el Frente Popular esgrimió ante el electorado español no difería mucho del aplicado en el primer bienio coaligado, ahora, fundamentalmente por la radicalización de Largo Caballero, estimulado por la abierta efervescencia revolucionaria de sus jóvenes seguidores agrupados en las Juventudes Socialistas, y el panorama de la creciente criminalidad política, privó a Azaña de una base para gobernar. Todo un viacrucis laico. Durante los tres meses previos a la guerra el presidente de la República tuvo que prestar más atención al «izquierdismo infantil» y al desorbitante deterioro del orden público, que al golpe militar que era, efectivamente, más que un rumor.

El inductor principal, que ejerció presión para que Azaña aceptara la presidencia fue Prieto. Lo consideraba éste necesario para mantener la frágil unidad del Frente Popular. Pero la negativa de Prieto a aceptar la jefatura del Gobierno, sin duda percatado de las reticencias, cuando no negativa frontal, de su propio partido, dominado por Largo Caballero y el sector bolchevique, dejó a Azaña sin una valiosa colaboración. Ante esta situación el recién electo presidente de la República confió la jefatura del Gobierno a su amigo y socio político, Santiago Casares Quiroga. La amistad que los unía quedaría demostrada por el hecho de que éste, junto con Giral, son unos de los pocos personajes del entorno de Azaña que no merecerían las mordaces repulsas que éste aplicó obsesivamente a su entorno. La fidelidad que Casares profesaba a su jefe le movía a participar en debates en las Cortes aquejado de la fiebre que recurrentemente le ocasionaba la tuberculosis que padecía.

El trato dado por Azaña a sus ministros puede inscribirse en una antología del menosprecio. Fernando de los Ríos, ministro de Justicia en el primer gobierno de Azaña sostuvo que «no es político y con pequeñas resoluciones irrita más que con grandes golpes» (21 de noviembre de 1932). Ante la actitud adoptada en Consejo de Ministros por De los Ríos, anota:

Fernando de los Ríos se asustó mucho. Fue y vino al teléfono varias veces, y todo el resto del tiempo estuvo abstraído en la redacción de una nota para la prensa, infelicitísima, en la que echaba la culpa de todo a la policía y prometía castigos. Hubo que reformar la nota enteramente. Nunca he visto a un ministro más azorado. Fernando ha promovido otro conflicto con el Consejo de Instrucción Pública, que ha dimitido en masa. El ministro, en una conferencia que dio el domingo en un cine, dijo que necesita un consejo técnico asesor, y se propone crearlo, poniendo en él traductores de lenguas orientales [5 de marzo de 1932].

En las Cortes, un día Azaña le instruyó acerca de la respuesta que debía dar a un diputado: «Era muy gracioso para mí ver el convencimiento con que repetía lo que yo acababa de decirle» [18 de octubre de 1931].

Tampoco Prieto, que con el transcurso del tiempo llegaría a consolidar una buena amistad, queda bien parado de sus admoniciones. Así, comentando una chanza de las suyas en Consejo de Ministros dice que «ha añadido una atrocidad de las suyas, y le ha dado tal risa al propio Prieto que le ha ido por las narices un sorbo de horchata que estaba bebiendo» [22 de agosto de 1931]. Con referencia a una intervención de Prieto para replicar a Santiago Alba en las Cortes, se explaya Azaña:

Nunca ha estado peor. Ha dado tres o cuatro gritos para empezar, se ha hecho un lío, ha entendido al revés alguna de las cosas de Alba, y por no verle tan mal me he marchado del banco azul [15 de septiembre de 1931].

Una serie de andanadas dirigidas a Álvaro de Albornoz, a quien hizo ministro de Justicia, si bien le consideraba «falto de tacto y de dotes de mando» [25 de septiembre de 1931].

Ayer se le ocurrió decir a Albornoz que el grupo parlamentario de su partido era una olla de grillos. Algunos radicales socialistas le increparon en los pasillos y le dijeron que cada uno de ellos valía tanto como él, y juntos más que él, y que su gestión en Fomento era desastrosa. Mi ayudante les ha oído en los pasillos del Congreso hablando mal de su ministro, tachándole de vago, etcétera [2 de octubre de 1931].

Durante el Consejo se ha hablado de los ferroviarios [...] Albornoz, con el acento hueco que le es propio, decía sobre el asunto cosas vagas. Su manera de expresarse y lo que me decía recordaban exactamente al estudiante desaplicado a quien le preguntan la lección y no se la sabe, pero no quiere callarse y mete embuchados [13 de octubre de 1931].

Lo que me irrita más en este asunto es que al cabo de siete meses de Gobierno, Albornoz no haya formado ninguna idea fundamental acerca de él, ni tomado ningún camino. Su nulidad nos aboca a un conflicto tremendo [15 de noviembre de 1931].

Para redondear una opinión acerca de Albornoz lo definió de «fondo innoble». Alcalá-Zamora le mereció la consideración de «parlanchín y anecdótico, pero no es hombre de conversación. No se puede hablar con él de nada interesante. Ni arte, ni literatura, ni viajes, aparecen jamás».

Maura «no tiene más que osadía y arrebató y no le circula por la cabeza ni la sombra de una idea», le reprochaba «un inconsciente anarquista de señorito mandón» y al referirse a sus dotes de orador decía que «se agita, se golpea los muslos, se pone en jarras y hace mil aspavientos, respirando como un fuelle de fragua, exhalando cólera».

Evocando algunos rasgos de la personalidad de Marcelino Domingo, que en su primer Gobierno le había encargado de la cartera de Instrucción Pública, decía:

Lo más inasequible del mundo es pedirle a Domingo precisión y detalles de ninguna cosa. Hasta el castellano que habla se compone de expresiones vagas, generales e inapropiadas. Con emplear a troche y moche el verbo «señalar» y el muy horrendo de «posibilitar», sale del

paso. No es que Domingo sea tonto; pero su mente es oratoria y periódica sin agudeza ni profundidad; no es artista ni técnico: la plástica realista no le atosiga, es bondadoso y débil. Por todos estos motivos acepta lo que otros dicen sin maduro examen y sin medios de criticarlo.

Algunos hombres como éstos fueron colaboradores de Azaña. Tras su entronización en la presidencia de la República, una sutil concatenación de humillaciones y maltratos le reducirían a poco más que un símbolo. Según Fernando Morán:

Su opción por la presidencia de la República podría ser la consecuencia de su convicción de que era necesario asentar y representar la legitimidad republicana por encima de las incidencias de la vida de los partidos.<sup>3</sup>

Sin embargo, su entorno, o sus entornos, porque fueron diversos, no se creyó en la obligación moral de respaldarlo, decididamente proclives a aprovechar la ocasión para hacer la revolución.

Es incontestable el hecho de que fue Azaña el propulsor de la constitución del Frente Popular, idea que propuso al Partido Socialista para la creación de un amplio frente de izquierdas. Sin embargo, la realidad puso de manifiesto que Azaña «se estaba moviendo en un terreno tan teórico que no se enteró, o no supo apreciar, lo que pretendían los socialistas y los comunistas, las organizaciones sindicales, ni todo lo que en los mítines de Largo Caballero o la Pasionaria (por ejemplo) se decía dejando entrever sus propósitos».<sup>4</sup> Los crudos hechos de la realidad vendrían a desautorizarle: las ideas de Azaña, plasmadas en el programa del Frente Popular, fueron en realidad un programa utópico que cualquier partido de derechas podía aceptar como suyo. La realidad fue otra muy distinta. El propio Azaña, en una carta a Prieto llegaría a afirmar que para la ejecución del programa de los republicanos «nos haría falta un Trajano, o si no, un Parlamento que trabajase durante seis años, día y noche, sin oposición, sin prensa ene-

---

3. Fernando Morán, *Manuel Azaña*, Colección Casa y Cruz, p. 89.

4. Federico Suárez Verdeguer, ob. cit., p. 115.

miga, sin anarcosindicalismo, sin crisis comercial, sin baja de la moneda, sin conspiraciones, sin huelgas».<sup>5</sup>

El Frente Popular, la idea de Azaña para consolidar una República de izquierda burguesa, resultó para su promotor una encerrona en la que se mezcla lo cómico con lo cínico. Las grandes Sindicales y el Partido Socialista y el Comunista distaban mucho de pretender consolidar lo que promovían los republicanos puros.

Refiriéndose a los primeros, Martínez Barrio llegará a decir que «si discrepaban de nuestros puntos de vista, ¿por qué no lo manifestaron?, ¿por qué se allanaban a un pacto cuyo compromiso fundamental consistía en la consolidación del régimen republicano establecido el año 31 y su Carta constitucional?».<sup>6</sup>

Según lo pactado en el documento mediante el cual se constituyó el Frente Popular, seis de los firmantes proclamaban una República clasista, nacionalización de la Banca y de la Tierra y sólo dos expresaban su desacuerdo en tales puntos. Aunque es cierto que en uno de los puntos del acuerdo se afirmaba «en todo su vigor el principio de autoridad», apenas establecido en el poder el primer gobierno, presidido por Azaña, la autoridad se fue esfumando debido a la actitud de las centrales sindicales y de la facción dominante del Partido Socialista y del Comunista.

¿Conoció Azaña las instrucciones que la III Internacional impartió a sus agentes en España? Es verosímil creer que sí ya que habían sido publicadas en enero en el periódico alemán *Die Wahrheit*. Eran de absoluta claridad:

1.<sup>a</sup> Procurar la unión sindical con las organizaciones socialistas, porque la práctica ha demostrado que éstas son fácilmente desbordables una vez obtenido el triunfo; 2.<sup>a</sup> Vencer todos los escrúpulos de los afiliados para llegar a una inteligencia electoral con los republicanos de izquierda; 3.<sup>a</sup> Imponer condiciones post-electorales que faciliten un rápido triunfo de la causa comunista, mediante el dominio total del poder, al cual hay que llegar por todos los medios; 4.<sup>a</sup> Suspender

---

5. Cita de Santos Juliá, *Manuel Azaña*, p. 444.

6. Diego Martínez Barrio, *Orígenes del Frente Popular español*.

durante el período electoral las campañas y los ataques violentos contra la pequeña burguesía, con el fin de evitar el recelo de los republicanos y extremar las violencias contra la Iglesia católica y los partidos y hombres de derecha, valiéndose, siempre que sea posible, de los periódicos republicanos de la propia burguesía, que fácilmente acceden a esta clase de campañas; 5.<sup>a</sup> Vigilar las combinaciones electorales para evitar filtraciones, manteniendo en los comités la necesidad de que los afiliados comunistas aparezcan con su significación propia; 6.<sup>a</sup> Mantener en constante agitación las zonas fabriles y las organizaciones campesinas».<sup>7</sup>

¿Qué movió a Azaña a responsabilizarse del poder con unos compañeros de viaje que con tanta claridad propalaban su proyecto? ¿Confianza en su prestigio como garantía para encauzar la situación? Cualquiera que fuera el móvil, lo cierto es que, previo a la discusión del acuerdo para la constitución del Frente Popular, su cuñado, Cipriano Rivas Cherif, lo encontró «amargado de llevar las gestiones del pacto electoral», y tras extenderse en recriminaciones a diversos compañeros, había llegado a declarar: «Quién sabe si lo mejor sería que se perdieran las elecciones». Bajo semejante estado de ánimo llegó Azaña al poder tras la *espantá* de Portela y la aseveración de que «una vez más tenemos que segar el trigo en verde».

Pocas dudas pudieron acometer a Azaña respecto a lo que se perfilaba en el horizonte cuando era proclamado desde las páginas de *El Socialista*: «Cabe, pues, que nosotros digamos: 1936, año revolucionario. Victoriosas las izquierdas, nada se oponía a que el 1936 sirva para dar comienzo a la revolución que no llegó a producirse al desmoronarse el régimen monárquico y amanecer el republicano».

Stanley G. Payne, refiriéndose al pacto del Frente Popular sostiene:

Se ha recalcado a menudo la relativa moderación del programa del Frente Popular de España, pero se puede entender mejor su carácter comparándolo con su equivalente más cercano, el contemporáneo Frente Popular de Francia. Éste representaba también una coalición heterogénea que reunía a socialistas, comunistas y liberales de clase media (principalmente a los radicales franceses). Pero el objetivo del

---

7. Josep Pla, *Historia de la Segunda República española*, IV, p. 257.

Frente Popular francés residía antes que nada en defender la democracia reinante en Francia contra la amenaza del fascismo. Proponía algunas reformas sociales, pero eran relativamente más sencillas que las de su homólogo español, y no incluía agrupaciones de peso que defendieran una rápida transformación en un colectivismo revolucionario ni en la dictadura del proletariado, como en el caso español.<sup>8</sup>

Ya en la recta final de la campaña electoral que catapultaría a Azaña a la presidencia del Gobierno se fue aclarando el verdadero cariz del desacuerdo del Frente Popular. Pla lo testimonia:

Los elementos que podríamos llamar moderados del Frente Popular —los más responsables—, quedaron sumergidos por los delirantes gritos, de los extremistas. Se produce como una especie de campeonato, una especie de carrera a quien promete más, a quien desarrolla sus deseos y pasiones con más truculencia, a quien interpreta los sueños de las masas con más crudo realismo. Ya no es posible porque todo se reduce a un problema de interpretación de los compromisos firmados. La interpretación de estos compromisos es perfectamente opinable. Se notan ya en el curso de la campaña algunas voces, tímidamente articuladas, que hacen prejuizar futuros temores. Estas voces quedaron, naturalmente, ahogadas. No fueron ni lo suficientemente fuertes para imponer a los energúmenos ni suficientemente sinceras para impresionar a los cautos. La riada estaba en marcha y ya era imposible imponerse a su ímpetu implacable.<sup>9</sup>

Una de estas voces, la de Manuel Azaña, iba a ser impetuosamente arrastrada en la riada de la primavera trágica. El mismo día en que formó su primer gobierno después de las elecciones, el 19 de febrero, en su asidua cita con su *Diario*, anota:

Llegan noticias de disturbios en algunas provincias: Huelva, Alicante, Játiva... En los penales hay motines. Los promueven los presos por delitos comunes, que se alborotan porque los presos políticos van a salir y ellos no. Con este motivo han ocurrido cosas graves los días

---

8. Stanley G. Payne, *La primera democracia española*, p. 303.

9. Josep Pla, ob. cit., IV, p. 260.

pasados en Burgos y Cartagena. En Burgos, los presos comunes han estado a punto de asesinar a González Peña, y en Cartagena, los consejeros de la Generalidad han corrido serio peligro.

No es precisamente una entrada triunfal. Y al día siguiente, el 20 de febrero, sigue la relación macabra:

Continúan los alborotos en algunos puntos de Andalucía y Levante. En Valencia hay un lío tremendo por la sublevación de los presos de San Miguel de los Reyes. Han quemado parte del penal. Están revueltos los presos comunes y los políticos, que han caído como rehenes de aquellos. En Alicante han quemado iglesias. Esto me fastidia. La irritación de las gentes va a desfogarse en iglesias y conventos, y resulta que el Gobierno republicano nace, como en el 31, con chamusquinas.

Para hacer frente a la disparatada efervescencia revolucionaria sin control, Azaña pronuncia una alocución por radio a toda España, en la que hace hincapié en la ineludible observancia de las leyes; simultáneamente pide conservar la calma y confianza en el gobierno. Después de la transmisión, en la noche anota: «El efecto fue prodigioso. Todo el mundo respiró. Tal miedo tenían. Durante unos días he sido el *ídolo* de las derechas; ya lo era de las zurdas. Era el ídolo nacional. ¡Lástima que me lo vayan estropeando!».

La intención de poner orden en los balbucesos del Frente Popular instalado en el gobierno, no halla correlativo en los socios que lo han llevado al poder. Así, el 17 de marzo escribe a Rivas Cherif:

Antes de contar más cosas intercalo mi negra desesperación. Hoy nos han quemado Yecla: siete iglesias, seis casas, todos los centros políticos de derechas, y el Registro de la Propiedad. A media tarde, incendios en Albacete, en Almansa. Ayer, motín y asesinatos en Jumilla. El sábado, Logroño, el viernes, Madrid: tres iglesias. El jueves y el miércoles, Vallecas [...]. Han apaleado en la calle del Caballero de Gracia, a un comandante, vestido de uniforme, que no hacía nada. En Ferrol, a dos oficiales de artillería; en Logroño, acorralaron y encerraron a un general y a cuatro oficiales [...]. Lo más oportuno. Creo que van más de doscientos muertos desde que se formó el Gobierno, y he

perdido la cuenta de las poblaciones en que han quemado iglesias y conventos; hasta en Alcalá. Omito las reflexiones pertinentes.

Y como colofón a esta relación de funestos sucesos prosigue en su carta:

Ahora vamos cuesta abajo, por la anarquía persistente de algunas provincias, por la taimada deslealtad de la política socialista en muchas partes, por las brutalidades de unos y otros, por la incapacidad de las autoridades, por los disparates que el Frente Popular está haciendo en casi todos los pueblos, por los despropósitos que empiezan a decir algunos diputados republicanos de la mayoría. No sé, en esta fecha, cómo vamos a dominar esto.

Ante el desorden imperante, a punto de desbordarse, como en efecto ocurrió, es verosímil que Azaña pensara que el único recurso para imponer el orden, fuera recurrir al Ejército. Sus prejuicios frente a la institución armada, propiciarían que desechara tal idea. Sin embargo en aquella primavera, Azaña estaba pendiente, quizá encabezando la lista de prioridades, de otra cosa: la destitución de Alcalá-Zamora. La correspondencia mantenida con Rivas Cherif es ilustrativa de sus preocupaciones de aquellas horas: «No tenemos votos para destituir a don Niceto». «No sé cómo vamos a dominar esto.» «Si no tuviera a la vista la cuestión presidencial, ya habría dado la *espantá*; pero quisiera dejar también libre a la República del maleficio de Priego.»\*

Existen dos versiones que se contradicen al respecto. Una tiene como fuente a Araquistáin, enemigo jurado de Azaña. A él se debe la divulgación del rumor de que el encumbramiento de éste a la más alta magistratura era un ardid de los socialistas que tenía como finalidad situarle como un jarrón chino en el Olimpo de la Presidencia de la República. Por extensión, la maniobra ponía en el punto de mira a Prieto, según Araquistáin, presidente del gobierno *in pectore*, de Azaña, cuando éste alcanzara la Presidencia de la República. Dada la segura oposición del Partido Socialista, dominado por el ala acaudi-

---

\* Priego es la ciudad natal de Alcalá-Zamora.

llada por Largo Caballero, de un tiro abatirían dos presas: alcaláina una y bilbaína la otra.

La otra versión hace referencia a una aspiración sin ambages de Azaña. Así, en la carta que escribe a Rivas Cherif el 29 de marzo, da idea de la hostilidad manifiesta en las relaciones con Alcalá-Zamora: «En el segundo consejo que celebramos en Palacio hizo un discurso de hora y media, muy absurdo. Mi respuesta es una de las mejores cosas que he hecho. Le di una pateadura correctísima». Y como don Niceto manifestara su obligación de hacer las observaciones que juzgara pertinentes, Azaña incurrirá en uno de sus desplantes maestros: «Las hará usted mientras haya aquí alguien que se crea en el deber de escucharlas. En otro caso, se las hará usted a los muebles».

Pero a pesar de la propensión incontrolada, o premeditada, quién sabe, de Azaña al desdén, se vio obligado a aceptar observaciones de Alcalá-Zamora, ante el preocupante panorama que se le presentaba ante las elecciones municipales anunciadas. En sus *Memorias*, Alcalá-Zamora hace referencia a ello en la relación que ofrece del último Consejo de Ministros del 2 de abril:

Sus temas fueron principalmente dos y el preferente las elecciones municipales ya convocadas. Yo aconsejé al Gobierno suspenderlas, porque en el estado de terror en que vivía el país, y que no lograba con mis exhortaciones se remediase, no podían ser aquellas más que la acumulación gigantesca, escandalosa, de los dos típicos delitos electorales: la coacción y la falsedad. Les previne además contra el anuncio hecho por los extremistas de que una vez ganadas por ellos, incluso contra los republicanos de izquierdas, esas votaciones por medio del terror, izarían la bandera roja sobre los Ayuntamientos y exigirían la capitulación de los poderes de la República, alegando que ésta debía caer como subió, en virtud de unas elecciones municipales.<sup>10</sup>

Una pincelada de Azaña corrobora el ambiente ante las elecciones que describe Alcalá-Zamora:

---

10. Niceto Alcalá-Zamora, *Memorias*, p. 399.

Socialistas y comunistas quieren la mayoría en todos los ayuntamientos, y además los alcaldes. Hay capitales, como Alicante, donde la mayoría republicana es aplastante, en que de veintiún concejales quieren diecinueve, y dos para los republicanos. Y así en casi todas partes. Han cometido la ligereza de decir que eso lo hacen para dominar la República desde los ayuntamientos y proclamar la dictadura y el soviét. Esto es una simpleza, pero por lo mismo es dañoso. Los republicanos protestan y el hombre neutro está asustadísimo. El pánico de un movimiento comunista es equivalente al pánico de un golpe militar.

Como corolario de esta reflexión Azaña concluyó: «Tendré que suspender las elecciones si no se llega a un acuerdo, para evitar que republicanos y socialistas vayan desunidos y a favor de esto triunfen las derechas, como en 1933».

En los prolegómenos de la maniobra para la destitución de Alcalá-Zamora, éste, en la entrevista con Azaña que acudió al domicilio del primero para firmar el decreto de suspensión de las elecciones municipales, el Presidente de la República, previendo la crisis que se avecinaba que tendría como consecuencia su destitución, se permitió opinar. Así lo cuenta en sus *Memorias*:

Les aconsejé que no lo hiciesen, no por mi egoísmo, pues me asqueaba cuanto veía, sino por el bien de España y de la República, para las cuales sería un desastre aquella violencia que impidiera un primer mandato normal que afianzase el régimen. Insistí, por si no volviésemos a vernos más, en aquella advertencia del inevitable estrago, aclarando de modo expreso que eso no sucedería por acudir yo a la violencia aunque me sobrase la razón y fuerza.

Azaña replicó algo airado y habló de que una mayoría tiene siempre medio de imponerse. Al siguiente día 3 llamó a Palacio para anunciar que tenía un decreto muy importante, pero que por tardanza en extenderlo no podía llevarlo allí, rogando que yo lo firmara en mi casa. Creí que como siempre que se trataba de ir a ésta acudiría el subsecretario, y quedé asombrado al ver que entraba Azaña mismo, quien en los primeros días de junio de 1933 había comprendido que allí no debía poner más los pies.

El asombro de Alcalá-Zamora fue premonitor de la suerte que se le avecinaba:

Cuando vi el decreto, que era de muy pocas líneas, suspendiendo las elecciones municipales comprobé que les había impresionado en cuanto al mismo peligro para ellos; además, y con el pretexto falso de ser un decreto extenso, fue Azaña a mi casa al cabo de tres años, presentándose amable, jovial, cortés, sonriente, como no lo había conocido jamás. Comprendí en el acto que intentaba confiarme para ejecutar el atropello de la destitución.<sup>11</sup>

Después de la destitución de Alcalá-Zamora, varios nombres se barajaron para ocupar la Presidencia de la República. Azaña, que se había predestinado para la primera magistratura, expresa en carta a su cuñado el 14 de marzo de 1936:

Desde que se produjo la vacante pensé que no habría más solución que la de ocuparla yo. Lo pensaba desde hace mucho tiempo, y ya el verano pasado, antes de formarse el Frente y de disolverse las Cortes, al ver la oleada de azañismo, solía decir, y muchos lo oyeron, que yo no podía ser más que Presidente de la República, no sólo por mi comodidad, sino porque es el único modo de que el «azañismo» rinda todo lo que puede dar de sí, en vez de estrellarlo en la Presidencia del Consejo. Vista la composición de las Cortes y la situación del Bloque y de los partidos, la cosa no ofrecía dudas.

En una de las últimas declaraciones como Presidente del Gobierno, anterior por consiguiente a su elevación a la Presidencia de la República, Azaña había dicho:

Ya sé yo que estando arraigada como está en el carácter español la violencia, no se puede proscribir por decreto, pero es conforme a nuestros sentimientos desear que haya sonado la hora en que los españoles dejen de fusilarse unos a otros. Nadie tome estas palabras por apocamiento, ni por exhalación de un ser pusilánime que se cohibe o encoge

---

11. Niceto Alcalá-Zamora, ob. cit., p. 359.

delante de los peligros que pueda correr el régimen que está encomendado a su defensa. Nosotros no hemos venido a presidir una guerra civil; más bien hemos venido con la intención de evitarla.

Federico Suárez Verdeguer agrega a esta declaración: «Pero como no fue capaz de evitarla, tuvo que presidirla».

Desde su instalación en la Presidencia de la República, un rosario de decepciones irían socavando el piso en que se asentaba Azaña. La primera de ellas corrió a cargo de Casares Quiroga a quien confió la Presidencia del Gobierno. Indalecio Prieto, desde su exilio mexicano posterior a la Guerra Civil, se explayaría poniendo de manifiesto el poco acierto de Azaña en la selección de sus colaboradores inmediatos. En la de Casares Quiroga sólo la amistad pudo justificarla. Así se expresó Prieto:

Las carteras clave, como la Presidencia del Consejo y los ministerios de Justicia, Guerra y Hacienda fueron entregadas, con olvido de otros factores muy esenciales en aquella y en todas las horas, a íntimos del señor Azaña. La voluntad y el criterio de éste imperaban, así, de modo absoluto. La devoción que entre sus íntimos despertaba el señor Azaña solía rayar en la idolatría, y los idólatras jamás disienten del ídolo. Por eso, como el señor Azaña no creía en la sublevación, el Gobierno tampoco creyó en ella, y los sublevados pudieron lograr el éxito que en casos semejantes suele acompañar casi siempre la sorpresa.<sup>12</sup>

Recriminación del mismo tenor debida a Prieto es también la que sigue, amparada bajo el título de *Entre la incredulidad y la befa*. Dice así:

Si en 1932 tuve suerte, no llegué a que también me acompañara en 1936 o, mejor dicho, a que fuesen agraciadas por ella la República y España. Porque pudo lograrse igual frustración a no impedirle un absurdo ofuscamiento. Recientemente he leído los juicios de un periodista pamplonés, considerando providencial la designación del general Mola para el mando militar de Navarra. Agente de la Providencia fue el mis-

---

12. Artículo necrológico publicado por Prieto en *Excelsior* de México, el 5 de noviembre de 1940.

mísimo Gobierno que envió a aquella provincia —única entre las cincuenta de España susceptible de levantar subversivamente a la mayoría de sus habitantes— a tan enconado enemigo, cuya impunidad, si surgía el fracaso, estaba asegurada teniendo libre a sus espaldas el Pirineo.<sup>13</sup>

Prieto, con la sagacidad que le caracterizaba, tuvo una actividad agotadora antes y al conocerse los primeros movimientos del Ejército de África, en franca rebelión desde la tarde del 17 de julio. En las primeras horas del 18 de julio se movilizó hasta el ministerio de la Guerra, cuya titularidad ostentaba Casares, a la vez que la Presidencia del Gobierno. Así lo refiere:

Fui al palacio de Buenavista para examinar la situación con Santiago Casares Quiroga, Jefe del Gobierno y ministro de la Guerra. Yo le profesaba gran cariño, pero, para no enojarle ni enojarme, procuré no sostener conversaciones con él desde que me echó con cajas destempladas al decir que mis temores sobre un sublevamiento eran producto de la menopausia. Casares, no estaba en el ministerio. Desde su domicilio había ido directamente a despachar con el Presidente de la República, Manuel Azaña.

En Buenavista aún se ignoraba lo ocurrido en Melilla, a juzgar por la tranquilidad de los semblantes y la banalidad de las conversaciones, en cuya observancia y escucha puse singular cuidado mientras aguardaba al ministro.

Cuando éste llegó, me encerré a solas con él. Era yo poseedor de la noticia que Pozas le había transmitido por teléfono a Palacio. Le relaté cómo la había conocido yo. Invocando nuestra amistad, me rogó que no la revelase a nadie, pues procedía mantenerla en secreto para ahogar el movimiento en Melilla, sin que se propagara a la Península.

Mi estupefacción ante semejante ruego no tuvo límites [...]. ¿Creía acaso que se trataba de un alzamiento aislado, sin conexiones? A mi entender, y sin perjuicio de medidas secretas que con urgencia adoptara el Gobierno, debía prevenirse al país entero, a fin de que, sobre todo en grandes urbes, las masas populares pudieran hacer frente a elementos militares que se sublevaran.<sup>14</sup>

---

13. Indalecio Prieto, *Convulsiones de España*, Oasis, México, 1967, p. 181.

14. Indalecio Prieto, ob. cit., p. 181.

Aquí se le plantearía el gran dilema. ¿Armar a las masas para hacer frente a la rebelión? No tenía la menor duda de que al tomar esa decisión, el desbordamiento revolucionario liquidaría todo vestigio de institucionalidad. El hombre de Azaña, Casares Quiroga, abrumado por los acontecimientos se debatía en una profunda crisis. «Había pasado —según Julián Zugazagoitia—, si no del optimismo, sí de la indomeñable confianza a una crisis rayana en la pérdida de juicio.»

Y prosigue Zugazagoitia testimoniando la zozobra vivida en el entorno gubernamental al inicio de la Guerra Civil:

Casares Quiroga, impotente para dominar la situación, derrotado en todas sus esperanzas y confianzas, continuaba resistiéndose a autorizar el armamento del pueblo. Se mantenía en esa negativa contra el consejo de sus colaboradores y contra el mandato vigente de la necesidad. Posiblemente se trataba de un acuerdo irreflexivo con el que trataba de imponer su voluntad de gobernante destacado, al que muy contados subalternos obedecían. Hasta este último resto de poder, ejercitado con daño para lo que trataba de defender, estaba a punto de escapársele de sus manos, de enfermo con fiebre. Su resistencia a facilitar las armas había trascendido y su nombre provocaba estallidos de cólera. Su impopularidad se agigantaba entre sus propios correligionarios, a los que oí negarle todas las virtudes y atribuirle todos los defectos. Para los que buscaban ser justos con él era un frívolo que había disimulado, con bromas y chanzas, la debilidad de su carácter, merecedor, en un Estado de exigencias elementales de un castigo ejemplar. Esta opinión, bastante generalizada por entonces, no ha conseguido atenuarla el tiempo, y Casares Quiroga, temperamento sensible, ha sufrido incontables desdenes y copiosas amarguras, incluso de quienes podían pararse a meditar si se encontraban en condiciones morales de arrojar la primera piedra.<sup>15</sup>

Privado Azaña de su incondicional Casares, fue escogido para sucederle Diego Martínez Barrio, a la sazón presidente de la Cámara de Diputados. Difundida la noticia de su nombramiento, fue recibida con notorias muestras de hostilidad. Martínez Barrio, al igual que su

---

15. Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, p. 57.

antecesor en el cargo, siguió negándose a facilitar armas al pueblo. Era previsible que su actitud tendría dimensiones catastróficas.

Zugazagoitia, desde su observatorio como director de *El Socialista* observó la situación:

¿Se proponía Martínez Barrio desarrollar una política conciliadora? ¿Era ésa la condicionante del encargo recibido y aceptado? ¿Fueron voces que se hicieron circular con el propósito deliberado de imponer una nueva crisis y otra solución más conforme con los deseos de la masa popular, ambiciosa de soluciones radicales y esperanzadas por una rápida victoria tan pronto dispusiese de armamento? Están sin respuesta autorizada estas preguntas que no tardarán, según es fácil presumir, en quedar aclaradas. Con la condicionante aludida o sin ella tenía yo por evidente que el señor Martínez Barrio consentía, al aceptar el encargo que Azaña le había hecho, un sacrificio considerable. Ni la ambición de poder, ni mucho menos la vanidad de ejercerlo, podían hacer olvidar, en aquellos momentos de tremenda convulsión, los riesgos inmensos del difícilísimo cometido. No presumo de conocer al señor Martínez Barrio, a quien siempre he necesitado juzgar desde lejos, y con un partido previo propicio a toda suerte de deformaciones apasionadas e injustas; pero con mis escasos elementos de juicio podía afirmar entonces, y ratifico ahora, que, antes de dar su conformidad al encargo, conocía mejor que nadie los inconvenientes de su cometido y las exiguas posibilidades de remontar con éxito la asperísima prueba.<sup>16</sup>

Después de infructuosas conversaciones con el general Mola, director del Alzamiento, desbordado por otras masas en Pamplona con idéntico fervor de distinto signo al que rugía en petición de armas en Madrid, Martínez Barrio, a las pocas horas de su nombramiento, dimittía de su cargo ante Azaña, antes de que los nombres de sus ministros aparecieran publicados en la *Gaceta de Madrid* ese fogoso 19 de julio.

Otra vez Azaña tuvo que recurrir a su entorno amistoso para encargar la formación de gobierno a José Giral: «Cuando me hice cargo del Gobierno de la República —dirá éste más tarde— hube de considerar que la única forma de hacer frente a la sublevación militar era

---

16. Julián Zugazagoitia, ob. cit., p. 64.

el entregar al pueblo las escasas armas de que disponíamos entonces». <sup>17</sup> Otro dirigente de Izquierda Republicana, Salvador Quemades, dejará testimonio: «El Gobierno, que se encontró sin los resortes necesarios para ahogar la insurrección, tuvo que entregarse a las organizaciones políticas y sindicales para que fueran éstas —el pueblo— quienes se opusieran al movimiento insurreccional». <sup>18</sup>

El propio Azaña ha dejado escrito:

Al día siguiente del alzamiento militar, el Gobierno republicano se encontró en esta situación: por un lado, tenía que hacer frente al movimiento que desde las capitales y provincias ocupadas (el noroeste y el centro de la Península y buena parte de Andalucía) tomaba la ofensiva contra Madrid; y por otro, a la insurrección de las masas proletarias, que sin atacar directamente al Gobierno, no le obedecían. Para combatir el fascismo, querían hacer una revolución sindical. La amenaza más fuerte era sin duda el alzamiento militar, pero su fuerza principal venía, por el momento, de que las masas desmandadas dejaban inerme al Gobierno frente a los enemigos de la República. Reducir aquellas masas a la disciplina, hacerlas entrar en una organización militar del Estado, con mandos dependientes del Gobierno [...] ha constituido el problema capital de la República. El Gobierno desligó de la obediencia a sus jefes a todos los soldados, pensando dejar sin tropas a los directores del movimiento. Este decreto, naturalmente, no fue obedecido en las ciudades ya dominadas por los militares, pero sí en las importantes plazas en poder del Gobierno (Madrid, Barcelona, Cartagena, Valencia, etcétera) los soldados abandonaron los cuarteles y casi todos se marcharon a sus casas. Al comienzo de una guerra que se anunciaba terrible, las masas alucinadas destruían los últimos restos de la maquinaria militar, que iba a hacer tanta falta. Estos hechos, y otros no menos deplorables, procedían de las siguientes causas: pocas personas medían la importancia del alzamiento y la gravedad de la situación. Muchos la recibían como una coyuntura favorable. Aún no se había convertido en guerra campal, y creyendo ciegamente en su inmediato término, pensaban que debía aprovecharse para liquidar de una vez todas las cuestiones políticas pendientes en España desde

---

17. José Giral, *La Vanguardia*, 19 de julio de 1938.

18. Salvador Quemades, *Política*, 2 de noviembre de 1938.

muchos años atrás, entre ellas, la cuestión del ejército. Hacían esta cuenta: puesto que los militares se han sublevado, no más ejército en España, no más organización militar. El espíritu revolucionario de ciertos grupos sociales, ante el Estado impotente, creyó llegada la hora, y aunque no se apoderó del mando, a fuerza de indisciplina lo paralizó.<sup>19</sup>

Un año después del inicio de la guerra, Azaña tendrá ocasión de decirle a su leal Giral:

Lo que debe admirarse es el valor tranquilo con que usted se encargó del mando, cuando nadie quería obedecer y cuando el que más y el que menos engrasaba el coche para fugarse. Harto se vio que no todos eran capaces de hacer lo que usted.<sup>20</sup>

Otra vez el desorden, la indisciplina, iban a jugar, decisivo papel en las desventuras de la Segunda República. En el momento de la sublevación militar, de los dieciocho generales de división que había en España en ese momento, sólo cuatro participaron en la rebelión: Cabanellas, Queipo de Llano, Franco y Goded. Y de los cincuenta y seis generales de brigada en activo catorce solamente se sublevaron y no menos de veintinueve fueron leales al Gobierno. No era menguado el apoyo que el Gobierno de la República tenía al momento de iniciarse la guerra. No obstante, debe tomarse en cuenta lo que Madariaga afirma al respecto:

De los oficiales que apoyaron al Gobierno, sólo una minoría lo hizo por convicción personal. La mayoría se habría unido a sus compañeros si hubieran podido hacerlo; a menudo intentaron cruzar la línea y a veces lo lograron.<sup>21</sup>

Azaña contemplaba un colapso de tal envergadura que sólo dejaba «el polvo del Estado, las cenizas» en lapidaria frase de Ossorio y Gallardo. «El Estado —dirá más tarde Azaña— se derrumbó el 17 de

---

19. Manuel Azaña, *Obras completas*, III, p. 487.

20. Manuel Azaña, ob. cit., IV, p. 862.

21. Salvador de Madariaga, *España*, pp. 619 y ss.

julio, el ejército desapareció, las armas, o no las había o fueron adonde no debían estar; la autoridad gubernativa era por todas partes trabada o desobedecida.»<sup>22</sup>

Su obra, la de Azaña, porque éste fue levadura de la República, se venía al suelo estrepitosamente. «Todo el mundo administraba su justicia —según García Oliver, nombrado ministro de Justicia en noviembre de 1936—. Ha habido quien la llamaba “paseo”. Yo digo que era la justicia administrada directamente por el país, por el pueblo en ausencia absoluta de los órganos de la justicia tradicional que había fracasado.»<sup>23</sup>

Arturo Barea en su obra *La forja de un rebelde*, en descriptiva pincelada de aquellos días ilustra como cada sindicato y cada partido político creó «su propia policía, su prisión y sus ejecutores propios, y un lugar particular para sus ejecuciones». Era la alborada de negras tormentas que agitaban los aires: jueces, magistrados y fiscales fueron apartados de sus cometidos, y en muchos casos encarcelados y otros ejecutados; la furia desatada llegó en muchos casos a quemar los archivos judiciales.

Para hacer frente al terror revolucionario el gobierno de Giral puso en marcha los «Tribunales populares». Aunque se pretendía dar una apariencia de constitucionalidad a las ejecuciones fueron incapaces de frenar el terror. El propio Prieto, al tener conocimiento del veredicto de uno de esos tribunales condenando a muerte al anterior ministro radical, Salazar Alonso, intercedió ante el gobierno en solicitud de conmutación de la pena por la de cadena perpetua, alegando que su participación en el alzamiento no estaba probada. El presidente del tribunal le persuadió de que la decisión del gobierno rebajando la pena causaría «un motín terrible» en el tribunal popular y que Salazar Alonso sería fusilado a pesar de la conmutación. El presidente del tribunal, que posteriormente sería nombrado presidente del Tribunal Supremo razonó: «El gobierno, falto de medios suficientes para hacerse respetar, no podrá salvarle la vida, y, al ser derrotado, su autoridad rodará por los suelos; pero no será eso lo peor, estoy segurísimo,

---

22. Manuel Azaña, ob. cit., III, p. 360.

23. Juan García Oliver, *Fragu social*, 1 de junio de 1937.

se negará a seguir actuando y tras Salazar Alonso caerán acribillados a tiros, quizás esta misma noche, todos los presos políticos». Persuadido ante este razonamiento, Prieto cambió de opinión y votó a favor de la pena de muerte.<sup>24</sup>

Azaña, limitado a la condición de testigo, dejará escrito:

La noche del 17 al 18 de julio, la República, en Madrid, estuvo pendiente de un hilo. Una decisión audaz por parte de quienes, ya en sorda rebelión contra el Gobierno, ocupaban todos los establecimientos militares de Madrid y sus contornos, habría acabado con el régimen en unas horas. Se produjo el hecho contrario. La facilidad relativa con que el movimiento fue sofocado en la capital y en otras grandes ciudades y regiones que dejaban en poder del Gobierno los recursos más importantes del país, engendró una confianza sin límites. El grave desbarajuste que siguió, revestido, para adornar un nombre formidable, con el nombre de revolución, provino, en gran parte, de esa confianza, ligada al instintivo impulso de desquite... Se ha observado un sincronismo perfecto entre la recuperación de la autoridad del Estado, el retroceso de la revolución, y los apuros y reveses de la guerra. Está por analizar en qué medida los «avances» de la revolución contribuyeron a los «retrocesos» del ejército. La fuerza trágica de tal situación dimana de que la descomposición del Estado era el resultado de las leyes del choque; el efecto mecánico del alzamiento mismo. La razón sirve para comprender por qué la montaña, al derrumbarse, nos aplasta, pero no se puede contener el derrumbamiento a fuerza de raciocinios. Ahora bien: en tales momentos el Gobierno disponía solamente del poder de la persuasión.<sup>25</sup>

Poder de persuasión efímero que no pudo evitar el colapso de la Segunda República española. La decisión del Gobierno Giral de facilitar armas a las masas abre paso a la Tercera República tutelada por el ardor revolucionario. Dice Azaña:

En los primeros tiempos, de un optimismo radiante, casi todas las cabezas españolas parecían iluminadas por una vocación mesiánica. Si

---

24. Indalecio Prieto, ob. cit., II, pp. 314-316.

25. Manuel Azaña, ob. cit., III, p. 493.

en el campo nacionalista venían a salvar la civilización cristiana en Occidente, los profetas del campo republicano anunciaban el nacimiento de una nueva civilización. ¡Terribles hipócritas, que prenden con facilidad en lo que el alma española tiene de visionaria!<sup>26</sup>

Azaña contemplaba entre perplejo y abatido la ingenuidad con que los anarcosindicalistas pintaban un futuro de color rosa. Valga como nuestra lo que el 29 de agosto se decía en *Solidaridad Obrera*:

Ha llegado a nuestros oídos que los sectores de la economía minifundista están profundamente alarmados. Sospechábamos que la zozobra de los primeros días se había esfumado por completo. Pero se mantiene la desazón del tendero, del comerciante, del pequeño industrial, del artesano y del pequeño campesino. No sienten confianza en las directrices del proletariado.

La burocracia no va a perder nada con el hundimiento del capital. No duden que ganarán con creces. Fíjense, por un instante, en la preocupación diaria que representa para la mayor parte de tenderos y de pequeños industriales el pago de las facturas, de los impuestos y de los alquileres...

Cuando desaparezca la propiedad privada y con ella la libertad de comerciar con el producto ajeno habremos librado de una pesadilla a muchos tenderos que viven bajo la constante amenaza del embargo o bien del desahucio.

No se preocupe la pequeña burguesía. Acérquese al proletariado. Pueden estar convencidos y percatados que cuando se llegue a abolir la propiedad privada y la facultad de comerciar, se implantarán nuevas normas, normas que de ninguna manera serán lesivas para los ciudadanos que se sienten afectados por las medidas sociales.

Alejen de sí la actual preocupación. Cuando se logre abatir al fascismo, ya se podrá avizorar el mañana con mayor optimismo.

Impecable muestra de iluminismo.

El Gobierno Giral «se hundió en septiembre del 36 —dirá Azaña—, agotado por los esfuerzos estériles de restablecer la unidad de dirección, descorazonado por la obra homicida —y suicida— que estaban

---

26. Manuel Azaña, ob. cit., III, p. 497.

cumpliendo, so capa de destruir al fascismo, los más desaforados enemigos de la República. El buen desempeño de su aplastante responsabilidad hubiera exigido por parte de todos la asistencia más leal». <sup>27</sup>

Ya empezaba Azaña a sentirse inmerso en un tremedal. Un sentimiento de impotencia le acosará hasta el final de la guerra. En referencia a aquellas semanas —dice—, «el optimismo causó estragos en la eficacia y la prontitud de la defensa. De entonces, es la campaña contra la formación de un ejército regular, sometido a la disciplina del Estado, porque tal ejército, decían, iba a ser el instrumento de la contrarrevolución. Se dio el caso de que unos trenes de reclutas, movilizados por el Gobierno y enviados a Barcelona para reconstruir las unidades de la guarnición, no pudieron pasar la raya de Cataluña porque las autoridades locales le impidieron proseguir el viaje. El trabajo, lejos de hacerse más intenso, menguó en duración y rendimiento. La huelga de la construcción, comenzada en mayo, dirigida e impuesta por la CNT, persistía después de empezar la guerra; no se terminó hasta agosto. La traición puede ser sofocada y castigada, pero una alucinación colectiva se disipa difícilmente». <sup>28</sup>

La guerra apenas empezaba y ya Azaña era presa de pésimos augurios. Según Marichal «consideraba prácticamente concluida su función política al iniciarse la guerra. Es sabido que estuvo a punto de dimitir en agosto de 1936, y poco después abandonó Madrid, trasladándose a Barcelona, donde permaneció casi toda la guerra (excepto unos meses en Valencia en 1937)». <sup>29</sup>

Una fuerte convicción, o un abandono a su suerte, debió prevalecer en Azaña para seguir presidiendo con tan precaria autoridad un tropel de insensateces. Siguiendo la enumeración de los hechos de aquellas semanas se explayará:

Es preferible creer en una alucinación colectiva: en 1937 se celebró en Madrid un *meeting* para conmemorar el primer aniversario de la huelga de la construcción, que entre otros méritos tuvo, en opinión de

---

27. Manuel Azaña, ob. cit., III, p. 499.

28. Manuel Azaña, ob. cit., III, p. 499.

29. Juan Marichal, *La guerra de España*, Taurus, p. 483.

sus panegeristas, el de haber precipitado el alzamiento. Ya he dicho que algunos lo recibieron como un hecho venturoso. Los *leaders* políticos y sindicales visitaban a los milicianos en los frentes, les aconsejaban sobre la manera de hacer la guerra, de aprovisionarse sobre el país: «si encontráis una vaca o una ternera, la matáis, y os la repartís; ya la pagará el Gobierno». El Presidente del Consejo recibió quejas muy serias de un *leader*, porque los milicianos no tenían en el frente aguas minerales para beber. Madrid ofrecía una apariencia alegre, de jolgorio y holganza. Miles de coches recorrían velozmente las calles, derrochando gasolina del Estado. Se derrochó también, en fabulosa escala, los víveres y toda clase de recursos. Músicas, desfiles, columnas que iban al frente, o volvían. Rebajamiento de la calidad y limpieza en el vestido. Muchos burgueses se disfrazaban, bastante mal, de proletarios. Ostentación de armas largas. Jóvenes ociosos, en vez de combatir en la trinchera, lucían por los cafés arreos marciales, el fusil en bandolera. La prensa adoptó un tono jactancioso, semejante al de 1898. Los tópicos eran aparentemente otros, pero la misma frivolidad. Hacía años que los periódicos no imprimían: «el heroico coronel», el «invicto general». Desempolvamos estos clichés. Como novedad propia de los tiempos, tuvimos que diariamente caían en nuestras líneas unos cuantos aviones enemigos «envueltos en llamas».<sup>30</sup>

La escasa autoridad del Gobierno Giral se aplicó a la depuración del cuerpo diplomático, y, al igual a la otra zona, dominada por los sublevados, a la separación de los funcionarios desafectos o sospechosos de serlo. La primera adquisición de armas se hizo en Francia y el primer envío se efectuó el 24 de julio. Se procedió a la venta de un millón de libras esterlinas oro destinadas a la compra de armamento. El primero de septiembre presentó a Azaña sus credenciales el embajador soviético, Rossemberg, que tanto predicamento alcanzara en la zona republicana durante toda la guerra.

Los sucesivos reveses militares forzaron a los socialistas a pedir la jefatura del Gobierno. El relevo lo produjo Azaña el 4 de septiembre y el encargado de presidirlo fue Largo Caballero. En la composición del gabinete figuraron cinco ministros socialistas, además de Largo

---

30. Manuel Azaña, ob. cit., III, p. 499.

que simultaneó la presidencia con el ministerio de la Guerra; dos comunistas; uno de Esquerra Republicana; y dos de Unión Republicana.

Tras la caída de Talavera el Gobierno de Largo tomó en consideración la llegada incontenible del Ejército Nacional a las puertas de Madrid. Ante esta amenaza se tomaron dos medidas trascendentales: proteger las reservas del Banco de España y disponer el traslado del Gobierno a otro lugar alejado del frente inminente.

Para la protección del oro del Banco de España, Azaña firmó un decreto el 13 de septiembre reservado autorizando al ministro de Hacienda (Negrín) «para que en el momento que lo considere oportuno ordene el transporte, con las mayores garantías, al lugar que estime de más seguridad, de las existencias que en oro, plata y billetes hubiera en aquel momento en el establecimiento central del Banco de España». Disponía el decreto que en su día se pondría en conocimiento a las Cortes.

Negrín propuso en el Consejo de Ministros del 23 de octubre el traslado del oro a Rusia. La patata caliente de la responsabilidad de la medida se la sacuden los presuntos responsables. Mientras que Araquistáin avala la versión de Álvarez del Vayo, y Prieto desmiente a los dos, Azaña no hace alusión a tan espinoso asunto. Si bien tanto Araquistáin como Álvarez del Vayo sostienen que Azaña tenía conocimiento del envío del oro, Prieto lo niega rotundamente. Así lo dirá en *Convulsiones de España*:

Después de efectuado el transporte, y cuando ya los tres buques mercantes rusos que lo realizaron habían llegado a Odesa, tuve que visitar a Azaña, y creyéndole enterado de tal transporte, le hablé de la arriesgadísima operación. El presidente me interrogó con ansia. Yo le dije lo que por casualidad supe en Cartagena y él ignoraba por completo. Con el Jefe del Estado habían procedido Largo Caballero y Negrín del mismo modo que con los ministros, ocultándose todo, incluso después de consumado el hecho.

Azaña púsose a pasear colérico y demudado por su despacho. Nunca le había visto tan fuera de sí. Me anunció que iba a dimitir inmediatamente.<sup>31</sup>

---

31. Indalecio Prieto, *Convulsiones de España*, II, p. 133.

En *El expolio de la República*, Francisco Olaya Morales ofrece su versión de una parte del hecho:

Desde luego, resulta evidente, que si el oro se trasladó a Cartagena, no es porque se pretendiera ponerlo en seguridad. Se llevó allí con la intención preconcebida de enviarlo a Moscú, puesto que para ello era el puerto más próximo y el que más garantías ofrecía. No obstante, descubierta la maniobra, se buscan *a posteriori* otros pretextos (que no tienen más valor que los primeros), para justificar el destino y sus consecuencias ulteriores.

El oro que no se podía confiar a los catalanes, ni a los vascos, ni a los valencianos, ni a los embajadores, ni a las comisiones de compras, que se utilizaban mal y a destiempo, fue entregado a los rusos, en definitiva, con candidez que desconcierta y sin garantías.

El silencio de Azaña en este punto es de difícil explicación. Quizá un deseo de no caminar sobre ascuas.

La ciudad destinada a proteger al Gobierno del inminente asedio de Madrid fue, en un principio, Barcelona, donde se instaló Azaña antes que el Gobierno. Sin embargo, a última hora, se cambió la decisión, y en lugar de la capital catalana, se decidió por Valencia. Intencionada o no la decisión, produjo un efecto de aislamiento, de lo cual Azaña fue consciente, y causa de infinidad de reflexiones. Una serie de circunstancias contribuían «a hacer de Cataluña, en el orden militar, un objetivo de primer orden. La resistencia de la República se apoyaba en Madrid y en Cataluña. Perderse cualquiera de las dos, en los primeros meses del conflicto, habría puesto fin a la campaña. Perderse Madrid, Valencia y toda la zona centro-sur de la Península, no significaría haber perdido la guerra, porque desde Cataluña podría emprenderse la reconquista de toda España. No hay ninguna exageración en la importancia atribuida a Cataluña en el curso de la guerra. La opinión pública española —adicta o adversa a la República— lo comprendía muy bien. La opinión extranjera, bien o mal informada, lo presentía, y ha prestado atención preferente a Barcelona». La realidad constituyó una fuente de desengaños que sumieron a Azaña en un desasosiego constante. Así cuando sostenía que «los grupos políticos y las organizaciones sindicales que asumieron la dirección de los

asuntos públicos en Cataluña, desde julio de 1936, hacían todo lo necesario (y bastante más de lo necesario), para aumentar temerariamente la importancia de la región en los problemas de la guerra. No puede negarse que lo consiguieron, por acción y por omisión. Por acción, atribuyéndose funciones, incluso en el orden militar, que en modo alguno les correspondían; por omisión, escatimando la cooperación con el Gobierno de la República».

En Barcelona le sorprendió el reajuste gubernamental que produjo Largo Caballero al incluir en el Gobierno a cuatro ministros anarcosindicalistas: García Oliver en Justicia; Juan Peiró en Industria; Juan López en Comercio; y Federica Montseny en Sanidad. Si bien la incorporación de los cenetistas suponía una ampliación de la base de sustentación del Gobierno, Azaña no abandona su cauteloso recelo:

Producido el alzamiento de julio del 36, nacionalismo y sindicalismo, en una acción muy confusa, pero convergente, usurparon todas las funciones del Estado en Cataluña. No sería justo decir que secundaban un movimiento general. Pusieron en ejecución una iniciativa propia. El levantamiento de la guarnición de Barcelona fue vencido el 20 de julio. La Guardia Civil, manteniéndose fiel a la República y al Gobierno autónomo catalán (que tenía entonces a su cargo los servicios de orden público), decidió la jornada. Las demás guarniciones de Cataluña que secundaban el movimiento, volvieron a sus cuarteles y depositaron las armas. Este triunfo rápido, la percepción de la importancia que Cataluña cobraba para la decisión de la guerra, las dificultades inextricables que embarazaban al Gobierno central, desataron la ambición política del nacionalismo y le decidieron a ensanchar, sin límite conocido, su dominio en la gobernación de Cataluña.

Nada permite a Azaña mantener una actitud optimista respecto al rumbo que la política y la guerra imprimen en Cataluña. En un análisis de las situaciones de hecho creadas, señala:

Todos los establecimientos militares de Barcelona quedaron en poder de las «milicias antifascistas», controladas por los sindicatos. El Gobierno catalán se apropió la fortaleza de Montjuich; con qué autoridad efectiva sobre ella, es punto dudoso. La policía de fronteras, las

aduanas, los ferrocarriles, y otros servicios de igual importancia fueron arrebatados al Estado. La Universidad de Barcelona se convirtió en «Universidad de Cataluña». Hasta el teatro del Liceo, propiedad de una empresa, se llamó Teatro Nacional de Cataluña. (En él se representaban zarzuelas madrileñas y óperas francesas o italianas.) El Gobierno catalán emitió unos billetes, manifiestamente ilegítimos, puesto que el privilegio de emisión estaba reservado al Banco de España. Los periódicos oficiosos de Barcelona comentaron: «Ha sido creada la moneda catalana». También aquel Gobierno publicó unos decretos organizando las fuerzas militares de Cataluña. Los mismos periódicos dijeron: «Ha sido creado el ejército catalán». Tales creaciones, y otras más (que no son un secreto, porque constan en las publicaciones oficiales del Gobierno catalán y en la prensa de Barcelona), respondían a la política de intimidación, que ya he mencionado. Cuando esos avances del nacionalismo iban siendo corregidos por el Gobierno de la República, un eminente político barcelonés, republicano, me decía apesadumbrado: «Si hubiéramos ganado la guerra en tres meses, todas esas cosas habrían sido otros tantos triunfos en nuestra mano».

Culmina Azaña en uno de sus artículos acerca de la situación en Cataluña con un cuadro nada halagüeño:

Por su repercusión inmediata en la guerra, es necesario recordar especialmente lo que se hizo en Cataluña, durante ese período, en el orden militar y en la industria. El Gobierno autónomo instituyó inmediatamente un Ministerio de la Guerra (Consejería de Defensa), para su región. Al principio, estuvo al frente de ese departamento, por lo menos en apariencia, un militar profesional. Más tarde, ocupó el puesto un obrero tonelero. El ministro, o consejero, estaba asistido por un Estado Mayor, formado en su mayoría por oficiales del ejército. Asumieron la dirección de las fuerzas catalanas y pretendieron organizarlas. Pocas en número, sin cuadros, sin material, escasas de municiones, continuaron divididas en columnas y en divisiones según el color político de sus componentes. En realidad, la Consejería de Defensa fue un semillero de burócratas, un hogar de intrigas políticas. En diciembre del 36, persona que tenía motivos para saberlo, me dijo que había setecientos funcionarios para administrar unas fuerzas que en el papel no excedían de cuarenta mil hombres. Rechazados fácilmente los primeros amagos de los milicianos sobre Zaragoza; fracasada la expedi-

ción a Mallorca; concluidas por un descalabro serio las operaciones sobre Huesca, todo el frente de Aragón, desde los Pirineos hasta Teruel, cayó en absoluta inacción. Se había demostrado la imposibilidad de constituir a fuerza de armas y por derecho de conquista, la «gran Cataluña». En marzo del 37, el diario de Barcelona, *La Vanguardia*, publicó un artículo, en el que aparecía la palabra traición, a propósito de la inactividad del frente. Me parece exagerado. Tomar la iniciativa era imposible. Pero es cierto que no se hacía casi nada para remediarlo, ni se levantaban las fortificaciones necesarias para prevenirse siquiera contra una ofensiva, que, por lo visto, parecía improbable. En general, dominaba la creencia de que la guerra se decidiría en otra parte, lejos de Cataluña. Sofocado en pocas horas, dentro del territorio catalán, el alzamiento militar, y llevando sus fuerzas al interior de las provincias limítrofes, a gran distancia de Barcelona, Cataluña había ganado su guerra. En el frente de Aragón no se retrocedía, en tanto que en los demás teatros de operaciones se cosechaban desastres. Cataluña había cumplido lo que le correspondía. Su hermosa tierra estaba libre de enemigos, y continuaría estándolo. «¡Que hagan en todas partes lo mismo, en vez de ir corriendo desde Cádiz hasta Madrid!», decía un ministro catalán. Esta situación era, para muchos, un mérito especial, y para casi todos un argumento justificativo de la política imperante en Barcelona.<sup>32</sup>

A su llegada a Cataluña Azaña se instaló provisionalmente en el Monasterio de Montserrat. Una comitiva de unas diez personas constituían su entorno inmediato. Sin embargo, al instalarse las oficinas de la Presidencia de la República en la sede del Parlamento catalán, en el palacio de la Ciudadela, se veía obligado a efectuar el desplazamiento diario desde Montserrat. A partir de entonces un sinfín de humillaciones fueron pan de cada día. Así lo testimonia Santos Martínez Saura: «La forma enajenante en que aquella gente de la CNT-FAI obraba podríamos resumirla diciendo que, cuando el Presidente de la República debía trasladarse de un lugar a otro para cumplir sus funciones, o simplemente para admirar los bellos paisajes de la provincia de Gerona, por ejemplo, a veces debíamos el ayudante militar

---

32. Manuel Azaña, ob. cit., III, pp. 505 y ss.

y yo, que le acompañábamos, bajar del coche pistola en mano para ayudar a los policías de la escolta a retirar los obstáculos que a modo de controles —y en casos para pedir al propio Presidente documentos de identidad o salvoconductos expedidos por la propia organización sindical— habían colocado a la entrada y salida de los pueblos por donde pasábamos». <sup>33</sup>

Si algo llegó a conmover profundamente a Azaña fue lo que ha venido en llamarse los «Hechos de Mayo», que en 1937 ensangrentaron las calles de Barcelona. El Presidente de la República no pudo hacer otra cosa más que ser testigo de unos sucesos. En *Cuaderno de La Pobleta* dejará constancia de aquellas horas:

Empiezo por lo de Barcelona, muy grave, y que ha podido ser la escena final, por lo menos, en cuanto a mí se refiere. No quiero entretenerme en los antecedentes, porque sería muy largo. Hay para escribir un libro con el espectáculo que ofrece Cataluña, en plena disolución. Ahí no queda nada: Gobierno, partidos, autoridades, servicios públicos, fuerza armada; nada existe. Es asombroso que Barcelona se despierte cada mañana para ir cada cual a sus ocupaciones. La inercia. Nadie está obligado a nada, nadie quiere ni puede exigirle a otro su obligación. Histeria revolucionaria, que pasa de las palabras a los hechos para asesinar y robar; ineptitud de los gobernantes, inmoralidad, cobardía, ladridos y pistoletazos de una sindical contra otra, engreimiento de advenedizos, insolencia de separatistas, deslealtad, disimulo, palabrería de fracasados, explotación de la guerra para enriquecerse, negativa a la organización de un ejército, parálisis de las operaciones, gobiernitos de cabecillas independientes en Puigcerdà, La Seu, Lérida, Fraga, Hospitalet, Port de la Selva, etcétera. Debajo de todo eso, la gente común, el vecindario pacífico, suspirando por un general que mande, y se lleve la autonomía, el orden público, la FAI, en el mismo escobazo. Todos estaban inquietos. Companys hablaba a tontas y a locas de dar la batalla a los anarquistas, pero no tenía ganas ni medios. Al parecer, el más enérgico era el consejero de Seguridad, Aiguadé, asistido por un comisario o jefe de Seguridad, Rodríguez Salas, renegado de la CNT, buen conocedor de sus gentes, a las que odia y que le

---

33. Citado por F. Suárez Verdeguer en *Manuel Azaña*, p. 142.

odian. Les ha dado dos o tres golpes duros, o más bien escandalosos, porque de ellos no resultó nada: asunto de la exportación de alhajas por unas mujeres muy bien relacionadas en las esferas de la Seguridad interior y en el Gobierno catalán; detención (rectificada a las pocas horas, cediendo a las amenazas) de los asesinos del socialista Roldán en Hospitalet. Contra Aiguadé y Rodríguez Salas había una fuerte oposición en los sindicatos anarquistas, etcétera.<sup>34</sup>

Razones le sobraban a Azaña para calificar de muy grave la situación. Al margen del calibre de los hechos, lo que más le atormentó fue el verse marginado e incluso escarnecido por el trato recibido de quienes estaban obligados a respetar su condición institucional. Cuando quiso comunicarse con Valencia para hablar con el Presidente del Gobierno recibió la noticia de que «en la central se niegan a dar conferencias para Valencia». Y cuando se disponía a utilizar el telégrafo, una llamada desde la capital levantina le hizo saber que se admitían todavía llamadas desde fuera de Barcelona, pero no a la inversa. Azaña refirió a su interlocutor su situación y le encargó que de inmediato informase de todo al presidente del Gobierno. Informado Largo Caballero, dice Azaña, «se le ocurrió llamar a Companys. Bolívar, su interlocutor desde Valencia, comunicó hora y media más tarde la respuesta: Companys afirmó “que el suceso no tenía importancia [...], y que inmediatamente el primer consejero de la Generalidad acudiría a mi residencia para presentarme sus excusas”». Después de informar a Bolívar de la respuesta de Companys, Largo Caballero se acostó.

En el intervalo de las dos conversaciones —dirá Azaña—, se había repetido el incidente del coche. En vista de las seguridades de Aiguadé respecto de su fórmula, decidí enviar otra expedición de policías. También los desarmaron y obligaron al coche a volverse. Oída de Bolívar la respuesta del jefe del Gobierno, le encargué que le visitase de nuevo, haciéndole saber que no se podía entrar en mi residencia ni salir de ella, que estábamos asediados, y que Barcelona caía en pleno motín. Que lo de darme excusas era una estupidez o una añagaza para no

---

34. Manuel Azaña, ob. cit., IV, p. 575.

descubrir la verdad al Gobierno. Que yo no era en Barcelona el embajador de Inglaterra o de los Estados Unidos a cuyo cocinero han apaleado y detenido los agentes de la autoridad, la cual se apresura a dar explicaciones y a prometer el castigo de los infractores. Que yo no estaba agraviado con la Generalidad en la persona de mis policías, pues lo que ocurría era una rebelión o un motín muy grave. Que sobraban las excusas y se echaban de menos las medidas de gobierno, etcétera.

Nada supo Azaña del Gobierno aquella noche, aunque Bolívar trató de levantar de la cama a Largo Caballero. Rayando la medianoche se presentó Tarradellas.

Venía tan aturdido —refiere Azaña—, que en lugar de ir a mi despacho, se dirigió al comedor. Desde la Generalidad, de donde había salido después de las nueve, nos habían preguntado dos veces, con alarma, si Tarradellas estaba con nosotros. No sabíamos nada de él, y temimos por su suerte. Llegó. Había tardado hora y media desde la Generalidad hasta el Parlamento. Le obligaron a apearse del coche en todas las barricadas (por él supe que estaban haciéndolas), y a parlamentar largamente, humillándole. Cuando quiso empezar el tema de las excusas, recalcándolo con que estaba avergonzado como catalán, le atajé, repitiéndole las observaciones ya apuntadas a Bolívar para el Presidente del Consejo. «No ha lugar a excusas, sino a dominar el motín, y por lo que a mí toca, a garantizar mi seguridad y la libertad de mis movimientos.»

Acto seguido le preguntó a Masquelet por el paradero de los demás miembros del Cuarto militar que no habían aparecido. «Me sirven ustedes menos que las criadas de mi mujer», le soltó Azaña. Acosado por la recriminación de Azaña, Masquelet se dispuso a ponerse en contacto con ellos.

En el testimonio del *Cuaderno de la Pobleta*, referirá:

Jiménez Orge, en el camino, fue detenido y llevado a una *checa*. Al darse a conocer, le dijeron: «Llama por teléfono al Parlamento, para comprobarlo, pero no hables, o te volamos la cabeza». «¿Tenéis ahí —le dijeron a Masquelet— a un teniente (coronel) Jiménez Orge?»

«Sí, sí. Soltadlo, y que venga.» Lo soltaron. El otro, Azcárate, también fue detenido. No sé cómo se las arregló, o qué dijo (tal vez se afilió en la CNT); el caso es que le trajeron en coche al Parlamento sus mismos aprehensores. Toda la noche estuvieron los revoltosos dueños de la ciudad, levantando barricadas, ocupando edificios y puntos importantes, sin que nadie se lo estorbase. Además se reprodujeron las entradas en las casas, y los *paseos*.

A todo esto el Presidente del Gobierno no daba señales de vida. Ni la orden conminatoria que Azaña impartió a Bolívar para que se la transmitiera a Largo Caballero surtió efecto. «No volví a saber nada del Presidente del Consejo —dirá—, ni me llamó, ni me envió recado alguno. ¡No sé qué habrá de ocurrir en España para que al Presidente del Consejo se le ocurra hablar con el de la República! Lo mismo han hecho los señores de la Generalidad. Desde que Tarradellas se fue de mi residencia, el lunes por la noche, hasta el viernes por la mañana, en que salí de Barcelona, nadie de la Generalidad ha preguntado por mí, ni ha tratado de hablarme, ni se ha interesado por nuestra situación. Era más que una grosería escandalosa, era un acto de hostilidad sorda, pues ninguno de aquellos hombres desconocía mis juicios sobre la política que seguían y muchos habían oído mis advertencias. Añadiré que de toda Barcelona solamente dos personas llamaron preguntando por mí: Guimet y Trabal. Nadie más. ¡Temían comprometerse!»

Lo que ocurría ante los ojos de Azaña no era sino el cumplimiento de algo de lo que éste tenía plena certeza de meses atrás: «Desde el 18 de julio de 1936, soy un político amortizado, desde noviembre de aquel año un presidente desposeído».

Cuando el 7 de mayo, «rescatado físicamente por las fuerzas del Estado», fue traslado por aire a Valencia, citó de inmediato a Largo Caballero. Azaña refiere que «llegó muy sonriente y afable, con un cartapacio de decretos. No me dijo ni palabra de lo de Barcelona, ni aludió a ello, ni al trance por que habíamos pasado. Entró en conversación como si nos hubiéramos visto todos los días, o como si yo llegase de una excursión de recreo [...]. Mi impulso espontáneo me llevaba a pedirle explicaciones de su conducta. Pero bien madurado todo, desistí, y si él no hablaba de ello, tampoco yo diría nada».

La toma de contacto con la realidad de la situación, apenas vislumbrada desde Barcelona, le llevó a confirmar lo que intuía. El pliego de cargos contra Largo, que le comunicaban sus conversaciones con las comisiones de los partidos que le visitaban, se centraba en «ineptitud, desorden público, entrega de Largo a la CNT, influencia perniciosa del cortejo personal de Largo, falta de autoridad, de iniciativa, etcétera». Azaña, percatado de la maniobra que se tejía contra el Presidente del Consejo, resumiría: «ahora, al cabo de los meses, los mismos que habían levantado a Largo Caballero y admitido a la FAI, no podían soportarlos y se volvían hacia mí, como llamado a resolver la dificultad».

Como conclusión de los Hechos de Mayo de Barcelona, Azaña, en puertas de la sustitución de Largo Caballero, dejará escrito en *Cuaderno de la Pobleta*:

El Gobierno apenas cuenta con fuerzas armadas; las sindicales tienen las armas en la mano. El Parlamento, muy a mi pesar, no funciona. Cuantas veces le he dicho al Gobierno que convenía convocarlo, ha ido difiriéndolo; yo no tengo potestad para convocarlo personalmente. La cuestión actual, planteada en las Cortes, se resolvería de un modo normal. Tampoco hay prensa. Los periódicos parecen escritos por la misma mano, no imprimen más que diatribas «contra el fascismo internacional» y seguridades de victoria, con más disputas entre sindicatos y comités. Ni asomo de indicaciones políticas útiles. Los partidos tampoco funcionan, fuera de recolectar prosélitos de cualquier manera y de toda procedencia, y de repetir lugares comunes sobre «la revolución». Todos hablan de revolución. Diríase que no hay ya partidos diferentes, ni clases. En cuanto a los problemas políticos y de gobierno actuales, nadie los toca. Así, todos los elementos del juego político de que el Presidente de la República se asiste en trance de crisis, están en suspenso o han desaparecido. No me quedan más que mis observaciones personales, cuyo alcance y conclusión me reservo.

Todavía Azaña lleva al *Cuaderno* una reflexión acerca de la embarazosa situación en que se ve envuelto Largo Caballero:

Estoy decidido a no quitarle el poder a Caballero por un simple acto que sea o parezca de inspiración caprichosa. Desde hace muchos

meses, no se lee ni se oye otra cosa que elogios de Caballero y adhesiones a su política. Yo no he creado el mito. Si ha de cambiarse de política, será porque los partidos cambien de actitud, no porque el Presidente de la República cambie de opinión, que no ha cambiado. Y si cambian, díganlo en la plaza pública. Pesen el pro y el contra de todo, y una vez que resuelvan y den a conocer su decisión, me tocará resolver, sabiendo a lo que voy. Antes no.<sup>35</sup>

Cuando tras la celebración de Consejo de Ministros del 14 de mayo, en el que se discutió acaloradamente con palabras de grueso calibre, los dos ministros comunistas, Hernández y Uribe, abandonaron la reunión, Largo fue a dar cuenta a Azaña. Enterado éste de la gravedad de la crisis que se anunciaba pidió el consejo de rigor a Largo. Por respuesta éste presentó la dimisión. Azaña persuadió al dimisionario de que esperara al día siguiente para permitirse meditar acerca de la situación. Mientras tanto Azaña recibió un informe detallado de lo ocurrido en el Consejo de Ministros: Largo había llamado a los comunistas «embusteros» y «calumniadores». Los socialistas, por boca de Negrín habían apoyado a los comunistas. El punto álgido lo constituyó la carta que la Ejecutiva del Partido Socialista envió al día siguiente a Largo sosteniendo que «retirándose del Gobierno los comunistas, los ministros socialistas no podían permanecer en él, y que los tuviese también por dimisionarios». En tales circunstancias la dimisión fue irrevocable y Azaña abrió la crisis. Así concluyó la vida política de Largo Caballero. Empezaría ahora otra estación del calvario de Azaña: Juan Negrín.

La situación militar después de los Hechos de Mayo no le permitía a Azaña hacerse excesivas ilusiones. Podría encajar en la definición que establece que el pesimista es un optimista bien informado. A los reveses consecutivos de la sublevación de julio de 1936 se sumaba ahora la ofensiva que el Ejército de Franco desarrollaba en el norte amenazando la caída de Bilbao. Para infundir ánimos el Gobierno de Negrín fue llamado «el Gobierno de la Victoria». Sin embargo Azaña tenía muy clara la diferencia entre los dos bandos en guerra: mientras

---

35. Manuel Azaña, ob. cit., IV, pp. 575 y ss.

los «rebeldes» disponían de un Ejército dirigido por un mando indiscutible e indiscutido y una moral de victoria, en la zona republicana la unidad de acción brilló por su ausencia. La peripecia por la que acababa de pasar el Presidente de la República no ofrecía dudas al respecto.

En el *Cuaderno de la Pobleta* queda reflejado el 31 de mayo la impresión acerca de la nueva situación:

El nuevo Gobierno ha sido recibido con general satisfacción. La gente ha hecho ¡uf! y ha respirado. Se espera de él energía, decisión, voluntad de gobernar, restauración de los métodos normales en la vida pública, apabullamiento de la indisciplina. La ansiedad pública, sin desentenderse de los peligros de la guerra, se calma pensando que el Gobierno arreglará prontamente el desbarajuste de la retaguardia. Ahí está la llaga más dolorosa. El nuevo Presidente tiene gran confianza en sus designios, en su autoridad, afirma que la guerra durará mucho todavía (¡otro año!), y que se prepara para ello.

No pierde ocasión Azaña para hilar juicios demoledores acerca de la gente que trata. Así, al juzgar la calidad periodística de Zugazagoitia, que junto con Negrín se ha reunido con él a su regreso de Bilbao: «Sin ser un periodista sobresaliente, ni mucho menos, es discreto, sesudo y razonable, muy apto para el público a que se dirige, necesitado de cierta machaconería. Lo malo es que a veces pretende “hacer estilo”, y debe de creer, y otros lo creen sin duda, que muy bueno. Desde hace algunos años, a casi todos los folicularios españoles les ha dado por escribir, venga o no a pelo, con frasecitas cortas, con cláusulas breves, creyéndose con ello más “modernos”. Cuando se trata de gentes sin talento literario, ni formación de escritor, ni conocimiento siquiera superficial de la lengua escrita, se contentan con tronchar las oraciones, cortándolas a cada dos o tres vocablos con un punto y seguido arbitrario, sin observar correspondencia alguna entre el desarrollo de la frase y el de la idea o pensamiento que pretenden expresar. Así resulta una frase cojitranca y jadeante. La atención del lector, como la materia suele ser parva y muy cursada, corre más veloz que la elocución del articulista, y, se ve forzada a detenerse en las pausas indebidas

de la prosa, desligadas de las pausas del discurso. Queriendo ser rápidos, son tartamudos. Pero, ¡bueno!, ¿a qué viene ahora hablar de estilos?».

Zugazagoitia es portador en esa reunión de la creencia de que Bilbao no caerá. Azaña muestra su desacuerdo en el *Cuaderno*: «Hablamos de política toda la hora que Negrín y Zugazagoitia pasaron aquí. También de Bilbao. El nuevo ministro me dijo que no creía que Bilbao se rindiese, sobre todo si llegaban refuerzos de aviación. Me permití llevarle la contraria, moderadamente. Estoy persuadido de que Bilbao no tiene salvación. Ni toda la zona Norte, si los rebeldes, mejor aconsejados y dirigidos, se han dado cuenta de nuestra irremediable debilidad en aquella parte y se proponen tomarla. De que Bilbao por lo menos se perderá en cuanto lo ataquen con fuerzas bastantes, estoy yo convencido desde ha tres meses, convicción formada a través de los enmarañados y palabrerros informes que el ministro Irujo me daba en Barcelona. Aquellos informes, escuchados por mí sin pestañear, se dirigían a probarme la facilidad de la inminente reconquista de Miranda y Vitoria, seguida inmediatamente de la de Navarra, después de lo cual, el Ejército vasco, “que se batía con ardor gracias a la concesión del Estatuto autonómico”, descendería por Soria hasta Sigüenza para resolver la situación de Madrid[...]. No sé por qué, estas consejas me traían a la memoria un brevísimo diálogo en la ínsula Barataria:

—¿Quién es aquí mi secretario?

—Yo, que soy vizcaíno y además sé leer y escribir.

—Pues con esas partes, podéis ser secretario del mismo emperador.

¿Qué conexión me recordaba este diálogo? No sé. Lo consigno ahora como materia posible para un más apretado análisis».

Con un vaticinio, que en breves días se cumplirá. Azaña concluye su apreciación acerca del tambaleante frente Norte:

Caído Bilbao es verosímil que los nacionalistas arrojen las armas, cuando no se pasen al enemigo. Los nacionalistas no se batían por la causa de la República ni por la causa de España, a la que aborrecen, sino por su autonomía y semiindependencia. Con esta moral es de pensar que, al caer Bilbao, perdido el territorio y desvanecido el Gobierno autónomo, los combatientes crean o digan que su misión y sus

motivos de guerra han terminado. Conclusión a que la desmoralización de la derrota prestará un poder de contagio muy temible. Y los trabajos que no dejará de hacer el enemigo. Y la resistencia, cuando no sea oposición, a que el caserío, las fábricas y otros bienes de Bilbao y su zona, padezcan o sean destruidos. Esto es lo que yo pienso del asunto, y de casi todo ello hablé a Negrín y a Zugazagoitia, menos de la posible defección de los nacionalistas, que puede ser una aprensión mía, y he de cuidar de no ensombrecer sin utilidad conocida el ánimo de los ministros.

La visita que José Antonio Aguirre le hace el 19 de julio viene a corroborar la previsión de Azaña:

Los militares, a juicio de Aguirre, no sentían emoción alguna por la causa, y se desmoralizaban, desmoralizando a los demás. Se queja de la propaganda comunista, que en el «País» produce malísimo efecto, porque allí son demócratas y cristianos, y las ideas y criterios «mongólicos» repugnan. Me enseña unos cuadernos de propaganda, con dibujos y fotos que le escandalizan. Los batallones vascos, llevaban capellán. La caída de Bilbao produjo el desmoronamiento de la moral del ejército. Perdida la tierra, ya nada tenían que hacer. Él no está conforme con eso; hay que defender el País fuera de él. No tienen más que una palabra, y quiere recordarme lo que me había dicho en Madrid: que se batirían con entusiasmo si les otorgaba la autonomía. Niega que se hayan pasado al enemigo batallones enteros. Mucha gente se ha pasado, creyéndolo todo perdido, al perderse Bilbao; pero unidades en masa, no.

Sin embargo, no les resultó difícil a los rebeldes, incorporar a sus unidades, fundamentalmente tercios de requetes, a infinidad de voluntarios.

«La victoria es una ilusión» le confesaría a Ángel Ossorio, embajador en París. De la entrevista con Claudio Sánchez Albornoz hay dos versiones: la del propio don Claudio y la que Azaña referirá en el Cuaderno de la Pobleta.

La del primero es la siguiente:

Le dije la verdad: que mientras Largo Caballero presidió el gobierno no me había parecido prudente ir a España, y que había hecho

gestiones para llegar a la paz. Se franqueó entonces conmigo. «La guerra está perdida, absolutamente perdida —me dijo—, pero si por milagro se ganase, en el primer barco que saliera de España tendríamos que embarcar los republicanos, si nos dejaban.» Asentí a su opinión y añadí: «Y si usted cree —y acierta— que la guerra está perdida, y que la suerte de nosotros, los republicanos, está sellada, ¿por qué no hace usted la paz?». «Porque no puedo», respondió rápidamente. Y no me fue difícil adivinar en su mirada la angustia con que llevaba su impotencia.<sup>36</sup>

La versión de Azaña, transcrita el 19 de agosto es la siguiente: «Entre los visitantes de hoy, Claudio Sánchez Albornoz, que ha entrado azoradísimo, y sin saber qué decirme ni por dónde romper. Como venía a explicarse, para desvanecer mi enojo, le he dicho que por excepción, y puesto que su visita no tenía otro objeto, le iba a enterar de lo que pensaba de su conducta». Y a continuación, el pliego de cargos por su ausencia de España:

—Vamos, si —le digo— se dejó usted contagiar el miedo prematuro de los fugitivos.

—Es verdad, no he sido un héroe.

—No hacía falta serlo para venir a España. Tener miedo es humano, y si usted me apura, propio de hombres inteligentes. Pero es obligatorio dominarlo, cuando hay deberes públicos que cumplir.

—Sí. Me he conducido mal. Perdóneme usted. Ya ve que, en cuanto Amós me ha dicho algo, he venido.

—Eso es lo lamentable; que no se le ocurriese a usted solo y a tiempo.

—Lo que yo quiero es seguir siendo para usted lo que siempre he sido.

—Muy bien. No tema usted que yo haga una ficha con el nombre de usted y la nota de indeseable, para guardarla en mi archivo. Esta conversación, penosa sin duda para usted, servirá todo lo más para iluminarle el espíritu acerca de su errada conducta, y de su deplorable ejemplo, dentro y fuera de España, y de la descalificación en que ha incurrido ya, cualquiera que sea el fin de la guerra. ¡Republicanos para ser ministros y embajadores en tiempos de paz; republicanos para

---

36. Claudio Sánchez Albornoz, *De mi anecdotario político*, p. 146.

emigrar cuando hay guerra! Y dejarme solo en Madrid, desde el Presidente de las Cortes hasta el último diputado, con la excepción de Giral y pocos más. ¡Abominable!

Me ha dicho que asistirá a las sesiones de Cortes. Claro. Y que se volverá a su cátedra temporal de Burdeos.

Las dos Españas, las de Larra y las de Antonio Machado, recibirían una adición durante la Guerra Civil española, para constituir la «tercera España». Ello produciría una notable perturbación del ánimo de Azaña. Se trata fundamentalmente de escritores e intelectuales, y los hubo partidarios de los dos bandos enfrentados. Por el lado de adictos a Franco destacaron Marañón, Pérez de Ayala y Ortega y Gasset, que tenían a sus hijos combatiendo con los sublevados en julio de 1936. En el mismo caso se encontraba Eugenio d'Ors, que muy pronto llegaría a zona nacional para convertirse en filósofo oficial. De hecho, el propio Azaña formó parte de una tercera España interior. Santos Juliá sostiene que «Azaña sentía que la *deserción* de los intelectuales le parecía “intolerable”». «Estimaba que los intelectuales de la tercera España le habían “dejado solo en Madrid” y que había así disminuido el poder político del *centro* republicano. Pero, sobre todo, Azaña les reprochaba haberse dejado dominar por el miedo.» En diálogo sostenido con Fernando de los Ríos en 1937, don Manuel le había confiado afligido: «Viviremos o nos enterrarán persuadidos de que nada de esto era lo que había que hacer». Y añade Juliá: «Aunque Azaña no precisa el “esto”, puede suponerse que aludía así indirectamente a su creciente convicción, durante la guerra, de que la realidad social española no estaba preparada para una transformación como la propuesta e intentada por él y su generación».<sup>37</sup>

En la *Velada en Benicarló*, el propio Azaña, por boca de Marón, uno de sus protagonistas se refiere al parto de las Españas. Así lo hace:

Por mi cuenta hay ya cuatro Españas. Nada menos. En París se había formado una tercera España, con los designios que usted le oyó a su amigo barcelonés. Pero ha surgido la cuarta España, con soluciones

---

37. Santos Juliá, *La guerra de España (1936-1939)*, p. 494.

mucho mejores. Ahora falta que entren en guerra civil, dentro de París, como lo están las dos primeras en la Península. En realidad, todos esos miembros pasivos del Comité de No Intervención, tienen mala suerte. Si la guerra se hubiese acabado en septiembre con la destrucción de la República, siempre habrían quedado deslucidos, pero cómodos. «¿Ven ustedes? ¡Todo estaba perdido! ¿Qué íbamos a hacer allí?» Prolongarse la guerra indecisamente, tiene que disgustarles aunque no quieran, porque los deja en mala postura sin disculpa posible. Aunque se callen (no todos se callan), su sola presencia daña. Y cuando hablan [...] lo más inocente es justificarse arbitrando planes políticos para personas superiores y finas.

Pocas dudas existen acerca de la creencia de Azaña en la victoria militar. Durante la visita para «complimentarme» que le hacen Companys, Pi i Sunyer y Sbert, no pierde ocasión para oponerse a optimismos sin fundamento. Así, ante la obstinada cerrazón de Comorera, que cree en la posibilidad de ganar la guerra sin la retirada de los combatientes extranjeros, Azaña transcribe el siguiente diálogo el 20 de octubre:

—La convicción sirve para creer en el misterio de la Trinidad —le respondo—, pero no da los ejércitos que nos faltan.

—Hay que acumular reservas —replica—. Quedan ocho quintas por llamar.

—Délas usted por llamadas. ¿Dónde están las armas y, sobre todo, los cuadros de mando para esas reservas?

—Se crean más escuelas de oficiales.

—Todo eso son consignas para los mitines. La realidad es otra.

—En año y medio o dos años que aún va a durar la guerra, hay tiempo.

—Si la guerra durase dos años, habría tiempo, suponiendo que hubiese dinero. Pero hay que contar con el enemigo.

—Todo depende de la convicción.

—Habrà que nombrarle a usted generalísimo.

—No soy militar.

—Ya se conoce.

Pi i Sunyer apunta: «Si hacen una ofensiva tremenda, con todos sus elementos, y entran en Cataluña [...]. Es de suponer que el Estado Mayor lo tenga previsto».

—Es de suponer —respondo—. La situación no es desesperada. La solución podría venir de una mejora en el aspecto internacional del problema. Cuando todos los caminos estuviesen cerrados, no habrá más remedio que plantear la cuestión en el Gobierno y ante el país.

—Claro, claro —comenta Sbert—; para liquidar.

Un choque que presagiaba desavenencias futuras de mayor calado, se produjo cuando en el periódico *Mercantil Valenciano*, al cual se le atribuía la condición de vocero de Negrín, publicó la noticia de la visita de Companys a Valencia con el titular «Cataluña visita a España». Al recibir a Negrín le recrimina el hecho y lo anota así: «Esto no se puede tolerar. Está visto que la censura no sirve para nada. ¿Quién la dirige? ¿Un tonto? ¿Un separatista? Negrín se disgusta mucho, con tanto más motivo cuanto que el periódico pasa por seguir sus inspiraciones, según me confiesa. Yo lo ignoraba. El director es un amigo suyo, nombrado para esos fines. “Pues se ha lucido”».

Pero no sólo esto. El 16 de octubre, *La Voz Valenciana* informaba de manera destacada de que por la noche el Presidente del Gobierno se dirigiría a la opinión mundial haciendo referencia a importantes decisiones producidas por el Consejo de Ministros. A mayor abundamiento, Azaña había firmado por la tarde unos decretos que Negrín le había enviado antes de su partida a Madrid. Al enterarse por la prensa de que se habían tomado en el Consejo decisiones importantes sin que Negrín le hubiera dado cuenta de ellas, montó en cólera y le pidió a Giral que le pusiera en contacto con el Presidente del Consejo.

En la siguiente entrevista entre los dos Presidentes, Azaña se explayó. Así lo cuenta en el *Cuaderno*:

—¿Qué motivo tuvo usted para precipitar su regreso de Madrid, donde pensaba usted estar dos días, y suspender su discurso? —le pregunto.

—Creí advertir que usted me reconvenía, o que estaba enojado, o que no tenía confianza en lo que yo pudiera decir, y no me parecía delicado hacer el discurso hasta aclarar la situación. Regresé a Valencia, hablé con unos amigos y se disiparon mis dudas.

—¿Ha llegado usted a ver este número de *La Voz Valenciana*? —le digo, mostrándole el que publicó aquella información.

—Lo vi en Valencia y tuve un gran disgusto, que ha dado origen a otros con los autores de esa ligereza.

—Por el disgusto de usted puede calcular el mío, al saber por un suelto de apariencia oficiosa que el Presidente del Consejo iba a comunicar a la opinión mundial los trascendentales acuerdos del Gobierno. Reconocerá usted que lo menos que podía yo hacer era preguntarle si eso era cierto. Me dijo usted que no, y me quedé tranquilo. Si me hubiese usted dicho que la información era exacta, ¿habría usted encontrado excesivo de mi parte que le interrogase sobre sus propósitos, antes de que el público los conociera?

—No, señor. De ningún modo.

—Pues eso es todo. Celebro mucho que unos amigos le dispararan a usted las dudas, evitando que me las trajera.<sup>38</sup>

Aun cuando el asunto se cerrara de manera cordial, dentro de la aspereza del caso, a partir de entonces las relaciones entre ambos entraron en fase de deterioro. Sobremanera cuando Besteiro informó a Azaña de la vinculación de Negrín con el Partido Comunista. Así lo relata Azaña el 19 de noviembre en *Pedralbes*:

Le designaron para formar parte del Comité Ejecutivo del partido, como a Largo. Ha hecho saber que no acepta. Fue destituido en un congreso. Solamente el congreso del partido podría nombrarle. No *usará* de los derechos que han querido conferirle con la designación. Actuando en el comité, habría discusiones y votaciones, en las que cada cual le atribuiría una posición, más o menos auténtica. No quiere *desdibujar* la posición que ha tomado. Asistió el otro día a una reunión del comité, donde dijo lo que pensaba, y ofreció contestar a lo que le preguntasen. «No me preguntaron nada.» Allí dijo que Negrín es comunista y que se introdujo en el partido, como el caballo de Troya. Cuando ha visitado a Negrín, empezó por decirle lo que había opinado de él en el comité: «Prefiero que lo sepa usted por mí».

Existe una laguna entre el *Cuaderno de la Pobleña*, interrumpido el 5 de diciembre de 1937 y el inicio de los comentarios que Azaña va

---

38. Manuel Azaña, ob. cit., IV, pp. 603 y ss.

vertiendo en *Pedralbes*. Ello impide conocer la gradación del deterioro de las relaciones con Negrín. El primer comentario del 22 de abril de 1938 ofrece una muestra del cambio operado. «Un nombramiento —escribe Azaña— ridículo para el Consejo de Estado, provoca observaciones mías sobre la categoría de las personas. ¿Dónde las buscan? Evasivas. Que el Consejo no sirve para nada.»

Respecto a un decreto que le presenta Negrín referente a una condena de cuarenta y cinco condenados, se expresa:

Mi protesta contra una atrocidad. Razones jurídicas, humanitarias y políticas. Carezco de iniciativa en la materia, consigno mi oposición y protesta, como lo haré ante el Gobierno. El delito no puede computar cuarenta y cinco jefes.

Replica que su resolución es inquebrantable. Ahorrará vidas. Amenazará a los que conspiran para asaltarnos. Evita *paseos*. Irritación mía. Crueldad por crueldad, allá se van. Le recuerdo mi oposición en otros casos personales muy señalados. En éstos, opina como yo. Recuerda, en apoyo de su criterio actual, que se opuso al indulto de Sanjurjo, aunque le era simpático por su carácter de *bon vivant* y de juerguista. Afirmando que no estoy arrepentido de haberlo indultado. La simpatía no juega aquí, en pro ni en contra. No me era simpático. Los juerguistas, buenos para el cabaret, no en las funciones de gobierno.

En esta admonición a los juerguistas debe verse una clara alusión a las conocidas veleidades de Negrín que en medio de las privaciones de guerra se había escapado a París y Londres para solazarse en los cabarets más lujosos; conocida era asimismo su gula que le hacía cenar dos o tres veces diarias y vomitar para volver a engullir; y puesto a pares, acostarse con mujeres de dos en dos.

La frustración de Azaña respecto a acuerdos con el exterior no es ya solamente una convicción íntima; no se oculta de manifestarla abiertamente.

—¿Espera usted todavía algo bueno del exterior? Porque ésa era una de las razones de la resistencia.

—Muy poco —responde Negrín.

—O sea: nada —le digo.

—Aún no nos han cerrado la frontera —replica.

—¿Sigue usted creyendo en el triunfo?

—Sí, señor Presidente. Creo que aún...

—Yo no. (Desde cuando: septiembre del 36. Razón: la no intervención y el modo de aplicarla.)

—No nos han ayudado quienes podían.

—¿Se ha intentado siquiera?

Esto le lleva a plantearle a Negrín el panorama militar. Así lo deja escrito: «Si hace un año le hubieran preguntado a usted su opinión sobre un panorama como el actual (Norte, Teruel, Alcañiz, Lérida, Tortosa, Vinaroz, etcétera), habría usted dicho: «Todo estaría perdido». Ahora, realizado, se obstina en creer que no. Si hoy le pregunto su opinión sobre el panorama de perder Madrid, o Valencia, o Tarragona, no dejaría usted de confesar que ya no habría esperanza. Cuando suceda, dirá que la hay».

El optimismo de Negrín, más producto de la inercia que de la convicción, o de la consigna impuesta de prolongar la guerra, se manifiesta en una afirmación que le permitió a Azaña expresar su pensamiento al respecto:

—Yo creo que podemos ganar —dice Negrín—. Además, no se puede hacer otra cosa.

—¡Alto! Pongamos las cosas claras. Soy de tierra de claridad. Usted gobierna porque representa una política basada en el supuesto de que se puede ganar la guerra. Personalmente, no lo admito; me opongo a él. Se lo he dicho a usted cien veces, y al Consejo de ministros, y a los representantes de los partidos. Usted es Presidente del Consejo porque los partidos y organizaciones del Frente Popular aceptan el supuesto, primero, de su política, o no lo contradicen. Por lo menos, así resulta de sus conversaciones, como la del 4 de abril, y de sus declaraciones públicas. Pero no es usted Presidente porque no haya otra política posible. Esa es opinión personalísima de usted. Otros, y yo, creemos lo contrario. No se puede estar en el Gobierno por la afirmativa y la negativa, por lo que se es y por lo que no se es. Sería una especie de totalitarismo inadmisibles. No puedo encargar de formar Gobierno a otro, que represente una política distinta, porque el Frente Popular,

que le secunda a usted, no le apoyaría. Pero otra política, no sólo es posible, sino urgente. Si una iluminación súbita le hiciese a usted abandonar aquel supuesto, base de su política, y razón primera, según usted, para gobernar, la razón segunda (o sea, que no hay otra política posible), ya no le valdría para sostenerse en el Gobierno. Claro que yo tendría derecho a exigirle a usted que la hiciera, obligándole a liquidar la situación en que se ha metido (Negrín asiente con la cabeza), pero quizás le encargase a otro. Algún día tendrá usted que pedir la paz. No aguardará a que los últimos defensores de la República pasen la frontera a bayonetazos. Los que en proclamas y arengas se desposan con la muerte, se divorcian antes de consumar el matrimonio (caso del norte), y se van. Quedan millares entregados a la venganza. No todos perecerán. Lo que digan los supervivientes le horrorizará a usted, si está en condiciones de oírlo. Cuanto antes lo haga, para evitar ese suceso, mejor. No aconsejo la rendición, pura y simple; la resistencia ha de valer para aprovecharla preparando la solución urgente.

Las penalidades de Azaña a partir de ahora acrecentarán en su ánimo un sentimiento de impotencia ante los hechos y las personas. Se siente relegado, humillado, menospreciado. La destitución de su cuñado, Cipriano Rivas Cherif, de su cargo en Ginebra, le hace montar en cólera, que manifiesta en su anotación del 9 de mayo:

Telefonazo de Cipriano. Lectura de un oficio bárbaro: el memo y el hipócrita se han vengado. Dio las órdenes Negrín, el sábado, y para no hablarme de esta coza, hasta que hubiera dado en el blanco, no me ve.

Le hago buscar. Se ha ido al frente, por la mañana. Hasta las doce de la noche, no llega aquí, cubierto de barro, indecente.

Firmamos. No hay noticias. No sabe nada. Ha estado ausente [...]. «¿Entonces, no tiene usted que darme cuenta de ningún asunto?» «No, señor.»

Pregunta: «¿Por qué la destitución de Cipriano?».

«¡Ah! ¿Pero le han destituido?» Se hace el loco. Información que recibió de Pascua. Instrucciones que dio. «¿No pudo usted ponerme al corriente?» «Tenía 38 y medio de fiebre, y en cuanto colgué el teléfono, no pensé más en ello.» Escena: las voces se oían abajo. Ruin venganza, coces, patadas a mí; distinción entre el funcionario y la cortesía conmigo. Brutalidad de las órdenes. Plazo para salir. Que si Vayo ha

sido ligero, le destituirá. Risa que me da. Hipocresía. Insolencia. ¡Ya se han salido con la suya! Estupidez de la imputación. Que lo hace por defenderme. Comentarios y reproches durísimos. Todo se lo traga.

Del nombramiento de Prieto como embajador en México, clara maniobra de Negrín, siguiendo instrucciones de Moscú, para alejarlo de su función, porque éste «sabe que mis puntos de vista son iguales a los de Prieto», pretende «privarme de una solución política posible, aislar-me, quedarme solo...». La ira de Azaña, ya no contenida, la vier-te en la anotación del día:

Arremetida: que el procedimiento: grosería, descortesía, olvido y menosprecio de mi función tramitando el asunto sin mi anuencia y sin mi conocimiento: lo saben el Gobierno, los partidos, el interesado, el Gobierno mexicano, la legación en Londres, el público barcelonés, y yo no. No es desidia, ni ignorancia de los usos. *Fourberie* de ocultár-melo. Por el fondo: decapitar una función de la opinión pública; mal disimulado extrañamiento; al servicio de los comunistas; privar de recursos políticos al Presidente de la República. Someterlo a un Gobierno único. Desposeerlo de su libertad, ya muy limitada.

El 12 de mayo recibe la visita de Prieto. En la cita con su diario anota:

Ha hablado [Prieto] con la Ejecutiva sobre su asunto. La Ejecutiva ya sabe que yo me opongo. Se lo ha dicho Zuga, que sólo puede saberlo por el Presidente. La Ejecutiva le despachó a París a Cruz Salido, para convencerle. Prieto se resiste. Ve la maniobra. No quiere que le pongan puente de plata. Ni se compre su alejamiento. Si estorba, se irá adonde le digan, pero sin nombrarle nada. Le ha dicho a la Ejecutiva que el Presidente de la República no tiene ya libertad para cambiar de política, si lo estima conveniente, porque todos los mandos están copados por los comunistas, y se resistirían. Nombramientos hechos sobre una lista dada a Negrín, y en personas que Negrín no conoce. El Ministerio no funciona. Negrín no se ocupa de nada. Lo único que podría hacerle aceptar el nombramiento es la misión reservada de que le han hablado Cruz y la Ejecutiva: Preparar la emigración de cien mil o más españoles, cuando llegue la derrota. (De esta misión

reservada, Negrín no me ha dicho ni jota.) Aceptaría esa misión, si el Gobierno, o su Presidente, se la encomiendan, bajo su responsabilidad, y comprometiéndose como él. De otro modo, no.

El 13 de mayo le hace a Fernando de los Ríos una exposición general de la situación militar y política durante tres horas. Ante el acuerdo de ambos acerca de lo tratado, Azaña se confiesa: «Le digo a usted todo esto para que si un día recibe una noticia que le deje con la boca abierta, no se sorprenda demasiado».

El crecimiento de la influencia comunista en las decisiones y ejecuciones va acentuando en Azaña un sentimiento de indignada resignación. El 15 de agosto, el coronel de artillería Fuentes le informa «que lo del Ebro no ha salido mejor todavía, por falta de *velocidad*.» Tras afirmar su visitante que se han «tomado al enemigo unos millares de fusiles y treinta piezas», el coronel agrega: «Ahora lo difícil es quitárselas a los amigos».

Por la noche, en la sobremesa de la cena con Hernández Saravia sale a relucir el desarrollo de la batalla del Ebro. Como conclusión anota: «Casi todo el Ejército del Ebro es comunista. Hay una especie de disciplina *interior* en cada unidad. Rojo le ha dicho que ya no hay republicanos. Que Hernández Saravia está en el siglo XVIII. Rivalidades y disputas por los ascensos. Esto no tiene remedio».

El 18 de julio de 1938, en un discurso pronunciado en el Ayuntamiento de Barcelona: «A pesar de todo lo que se hace para destruirla, España subsiste.» Y como colofón, afirma:

Este fenómeno profundo que se da en todas las guerras me impide hablar del porvenir de España en el orden político y en el orden moral, porque es un profundo misterio, en este país de las sorpresas y de las reacciones inesperadas, lo que podrá resultar el día en que los españoles en paz se pongan a considerar lo que han hecho durante la guerra. Yo creo que si de esa acumulación de males ha de salir el mayor bien posible, será con ese espíritu, y desventurado el que no lo entienda así. No tengo el optimismo de un Pangloss ni voy a aplicar a este drama español la simplísima doctrina del adagio: «No hay mal que por bien no venga». No es verdad, no es verdad. Pero es obligación moral, sobre todo de los que padecen la guerra, cuando se acabe como

nosotros queremos que se acabe, sacar de la lección y de la musa del escarmiento el mayor bien posible y cuando la antorcha pase a otras manos, a otros hombres, a otras generaciones, que se acordarán, si alguna vez sienten que les hierve la sangre iracunda y otra vez el genio español vuelve a enfurecerse con la intolerancia y con el odio y con el apetito de destrucción, que piensen en los muertos y que escuchen su lección: la de esos hombres que han caído embravecidos en la batalla luchando magnánimamente por un ideal grandioso y que ahora, abrigados en la tierra materna, ya no tienen odio, ya no tienen rencor y nos envían, con los destellos de su luz, tranquila y remota como la de una estrella, el mensaje de la patria eterna que dice a todos sus hijos: paz, piedad y perdón.

El discurso causó honda impresión. Sin embargo, los hechos hablan de lo efímero de su duración. Apenas ocho días de su discurso le habla a Tarradellas de «la espantosa información leída esta noche en la prensa: sesenta y cuatro sentencias aprobadas». Al día siguiente «Tarradellas me cuenta que ayer fusilaron a cincuenta y ocho. Datos que me envía Irujo. Horrible. Indignación mía por todo esto. A los ocho días de hablar de piedad y perdón, me refriegan cincuenta y ocho muertos. Sin decirme nada, ni oír mi opinión. Me entero por la prensa, después que está hecho. Desde el 18 de julio no he visto al Presidente del Consejo, ni me ha hablado siquiera por teléfono».

El desastroso final de la batalla del Ebro predispone a Azaña a dar cumplimiento al velado vaticinio que le hiciera a Fernando de los Ríos el 13 de mayo («...si un día recibe una noticia que le deje con la boca abierta...»). No cabe duda de que da su misión por cumplida y sólo queda la dimisión.

El 14 de enero de 1939 anota: «Por los telegramas reservados de Negrín, he ido viendo que se pronunciaba el desastre. Anoche, recado de Saravia, para que me vaya de aquí». Y por la tarde del día 15 el propio Saravia le comunica que «ha desaparecido el ejército. Los del Ebro, casi sin combatir». El 19 desde Barcelona se oye el bombardeo de Igualada.

Ante el paseo militar con que las tropas de Franco avanzaban incontenibles hacia Barcelona, Azaña va a instalarse al castillo de Perelada, rumbo al incierto exilio. Allí se entera de la caída de Barce-

lona por la radio, lo que le hace decir: «Todavía no ha habido ningún Gobierno que me haya comunicado la rendición de Málaga», ocurrida en enero de 1937.

Se ha dicho de Azaña que dos características de la actuación durante la Guerra Civil española fueron las de pesimista y cobarde. Para el pesimismo tuvo sobradas razones desde antes de que se iniciara el conflicto. Respecto a cobardía, queda altamente probado que mientras se produjo la deserción a su alrededor para buscar refugio precoz en el exilio, Azaña resistió hasta el final como jefe de un Estado del que acabó siendo rehén y dimisionario. Cuando Negrín, en una pretensión sin fundamento de prolongar la guerra, le propuso ir a la zona centro, fue claro en su posición: «Si cruzo la frontera, no se puede contar conmigo para nada, como no sea para hacer la paz». Fuese y ya no hubo nada que impidiera una profunda reflexión tan válida para él como para sus compatriotas.

Tras pasada la frontera, desde Collonges-sous-Salive, el 29 de febrero de 1939, Azaña se dirige al presidente de las itinerantes Cortes de la República Española, radicado en París. Éste es el patético texto de su dimisión:

Excelentísimo señor: Desde que el general jefe del Estado Mayor Central, director responsable de las operaciones militares, me hizo saber, delante del Presidente del Consejo de Ministros, que la guerra estaba perdida para la República, sin remedio alguno, y antes de que, a consecuencia de la derrota, el Gobierno aconsejara y organizara mi salida de España, he cumplido el deber de recomendar y proponer al Gobierno, en la persona de su jefe, el inmediato ajuste de una paz en condiciones humanitarias, para ahorrar a los defensores del régimen y al país entero nuevos y estériles sacrificios. Personalmente he trabajado en ese sentido cuanto mis limitados medios de acción permiten. Nada de positivo he logrado. El reconocimiento de un Gobierno legal en Burgos por parte de las potencias, singularmente Francia e Inglaterra, me priva de la representación jurídica internacional necesaria para hacer oír de los Gobiernos extranjeros, con la autoridad oficial de mi cargo, lo que es no solamente un dictado de mi conciencia de español, sino el anhelo profundo de la inmensa mayoría de nuestro pueblo. Desaparecido el aparato político del Estado: Parlamento, representaciones su-

periores de los partidos, etcétera, carezco, dentro y fuera de España, de los órganos de consejo y de acción indispensables para la función presidencial de encauzar la actividad de gobierno en la forma en que las circunstancias exigen con imperio. En condiciones tales, me es imposible conservar, ni siquiera nominalmente, ese cargo, a que no renuncié el mismo día en que salí de España, porque esperaba ver aprovechado este lapso de tiempo en bien de la paz.

Pongo, pues, en manos de vuestra excelencia, como Presidente de las Cortes, mi dimisión de Presidente de la República, a fin de que vuestra excelencia se digne darle la tramitación que sea procedente.

MANUEL AZAÑA

Su calvario había concluido y ya se encontraba sumido en una paz, amarga, pero paz al fin. Desde febrero de 1939 al 3 de noviembre de 1940 Azaña vivirá acaso la más importante peripecia de vida: la que le llevará a afrontar la muerte serena y dignamente.

Respecto a la conversión de Azaña, Suárez Verdeguer incluye en su *Manuel Azaña y la guerra del 36* el testimonio de Mons. Theas, obispo de Montauban en el momento de su muerte. En respuesta a Julio de Jáuregui, interesado en conocer acerca del asunto, aclara:

Querido señor: He sido interrogado frecuentemente sobre la muerte del presidente Azaña, por lo que hice imprimir el texto que le adjunto. Añado dos cosas:

1. El presidente Azaña tenía una fe real; rezaba incluso cuando perseguía a la Iglesia. Respondió en latín a las oraciones de la extremaunción y recitó el *Confiteor*. Se asoció a las invocaciones que yo le sugería: Jesús, José, María, etcétera.

2. El consulado de México pagaba los gastos del hotel en Montauban. Por esta razón México impidió el entierro religioso.

Le ruego acepte, querido señor, el testimonio de mi afectuoso respeto, P. Theas.<sup>39</sup>

---

39. Cita de F. Suárez Verdeguer en ob. cit., p. 186. Véase además F. Jiménez Losantos, *La última salida de Manuel Azaña*, p. 236, y J. de Jáuregui, «La muerte cristiana de Manuel Azaña», *Blanco y Negro*, 20 de diciembre de 1975.